

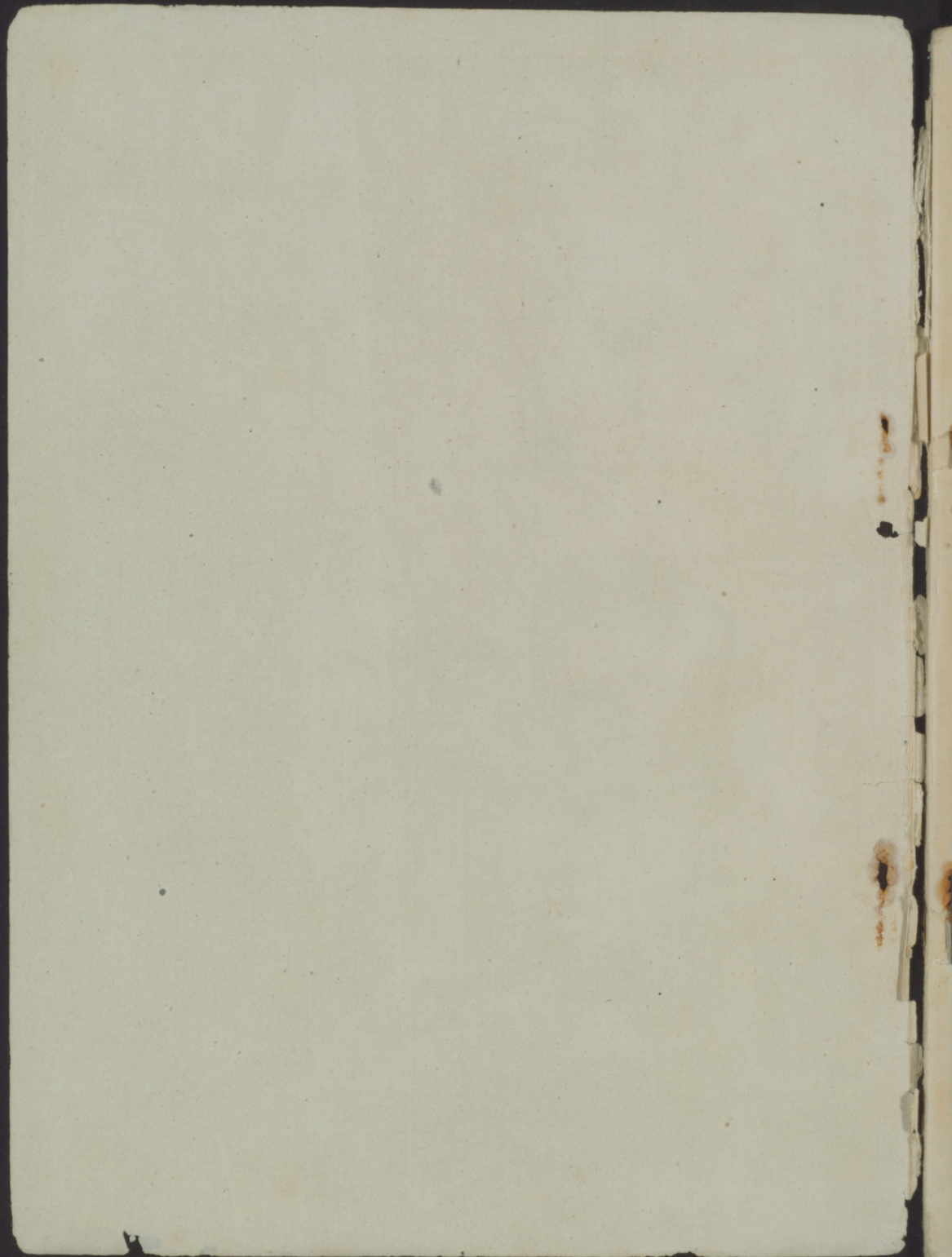
CAFE de PARIS



250
PTS

CONCHITA MONTES. JOSE NIETO. TONI D'ALGY.

EDICIONES RIALTO
Colección Cine



CAFE DE PARIS

CAFE DE PARIS

BIBLIOTECA-CINE RIALTO

NOVELA CINEMATOGRAFICA



PRESENTA A

CONCHITA MONTES,

JOSE NIETO Y TONY D'ALGI

EN

CAFE DE PARIS

CON

JULIA LAJOS - JOAQUIN ROA - ROSINA MENDIA
Y MANUEL REQUENA

Dirección: EDGAR NEVILLE

ES UNA PUBLICACION DE

Av. JOSE ANTONIO, 54



TELEFONO 23554 - MADRID

AÑO II ♦ SEPTIEMBRE 1943 ♦ NUMERO 39

BIBLIOTECA-CINE RIALTO

NOVELA CINEMATOGRAFICA



PRESENTA A

CONCHITA MONTES,

JOSE NIETO Y TONY D'ALGI

EN

CAFE DE PARIS

CON

JULIA LAJOS - JOAQUIN ROA - ROSINA MENDIA
Y MANUEL REQUEENA

Dirección: EDGAR NEVILLE

ES UNA PUBLICACION DE



TELÉFONO 3355 - MADRID

AV. JOSE ANTONIO, 24

Sucesores de Rivadeneyra, S. A.—Paseo de Onésimo Redondo, 28.—Madrid.

FICHA TECNICA Y ARTISTICA

Título directo: CAFE DE PARIS.

Producción española Procines, S. A. Año 1943.

Argumento, guión, diálogos y dirección: EDGAR NEVILLE.

Primer ayudante de dirección: Enrique Fernández Sagaseta.

Director artístico: Francisco Bonmatí de Codecido.

Fotografía: Guillermo Goldberger.

Segundo operador: Alfonso Nieva.

Decorados: Lucheti y Canet.

Música: Muñoz Molleda.

Maquillador: Julián Ruiz.

Regidores: Francisco Cejuela y Soriano.

Secretaria de rodaje: Encarna Jiménez.

Montaje: Sara Ontañón.

Jefe de producción: José Martín.

Estudios: C. E. A., Ciudad Lineal.

REPARTO:

Conchita Montes	Carmen.
José Nieto	Jaime.
Tony D'Algy	Franz.
Rosina Mendía	Diana.
Julia Lajos	Colette.
Joaquín Roa	Landusky.
Manuel Requena	El admirador.
Mariana Larrabeiti	Lily.
Ana de Siria	La señora sudamericana.
Pedro Barreto	Totó.
José Franco	Monsieur Dupont.
Manuel Miranda	El pariente provinciano.
Señora Maroto	Su esposa.
Juanita Manso	Su cuñada.
Niño "Satanás"	El chico de la portera.

VIDA LITERARIA Y CINEMATOGRAFICA DE EDGAR NEVILLE

por Carlos Fernández Cuenca

Edgar Neville, autor y realizador de CAFÉ DE PARÍS, es madrileño. A quien le pregunta la edad que tiene se limita a responderle con una amable sonrisa, ni más ni menos que hacen las *estrellas* de la pantalla; el día y el mes que vino al mundo: el 28 de diciembre—festividad de los Santos Inocentes—de un año que oculta con el piadoso deseo de que las actrices que ya entonces jugaban a la comba no empiecen a sentirse otoñales.

La fecha de su nacimiento parece explicar mucho de la trayectoria artística de Edgar Neville; la conmemoración de los Inocentes es en España día tradicional de la broma y del buen humor; quizá por el designio astrológico de esa jornada fué Neville escritor humorista. Pero también era lógico que quien en 28 de diciembre hacía su presentación terrenal se dedicara a tareas cinematográficas, pues en 28 de diciembre—el de 1895—se inauguró la vida pública del cinematógrafo que los hermanos Lumière acababan de inventar.

En los años escolares de Edgar Neville aparece ya su vocación literaria. Mientras cursa la carrera de Leyes y hace—en 1922—su ingreso en el Cuerpo diplomático, al que pertenece, se dedica a escribir cuentos, artículos y novelas cortas, presididos siempre por una interpretación jocunda de la existencia. Una parte de estas narraciones, llenas de chispazos brillantes e inspiradas por un concepto muy moderno del humor, integra el primer libro que Neville publica: *Eva y Adán*. Viene luego una novela grande: *Don Clorato de Potasa*, visión divertidísima de una serie de ambientes y de tipos entre reales e imaginarios. Otros dos libros completan

hasta ahora la bibliografía de Neville: *Música de fondo*, colección de cuentos humorísticos, y *Frente de Madrid*, que reúne varias novelas cortas relacionadas con nuestra guerra civil. A esta labor hay que añadir una obra teatral: la comedia *Margarita y los hombres*, estrenada en 1934 con mucho éxito.

Pero el cine iba a ser en él tentación todavía más fuerte que la literatura. Sus actividades diplomáticas, que le habían retenido algún tiempo en Uxda (Marruecos francés) le llevaron a Wáshington en 1927. Al año siguiente marchó a Hollywood para pasar un mes de vacaciones... y se quedó allí durante cuatro años. El mundo del celuloide, vivido en su íntima autenticidad, acabó de definir las inclinaciones que vagamente sentía; y quiso penetrar definitivamente sus secretos. A lo largo de dieciocho meses se dedicó a aprender tareas de guionista y de director al lado de varias figuras ilustres de la técnica americana. Y en 1930, justamente cuando acababa de llegar a España para descansar, fué requerido por la Metro-Goldwyn-Mayer, que iniciaba en sus estudios californianos la producción de películas habladas en nuestro idioma.

Los primeros quehaceres cinematográficos de Edgar Neville consistieron en adaptar para las versiones españolas los guiones de varios *films*; entre ellos, *En cada puerto un amor*. Y al poco tiempo asumió tareas directivas en la cinta *El presidio*, versión de *The Big House*, que se rodaba en cuatro idiomas: inglés, español, francés y alemán. La edición americana, que interpretaban Chester Morris, Wallace Beery, Robert Montgomery y Leila Hyams, fué dirigida por George Hill, el húngaro; Paúl Fejos animó la alemana (con Heinrich George y Dita Parlo en los papeles principales) y la francesa (con Charles Boyer, André Berley, André Luguet y Mona Goya); de la versión española, cuyo reparto encabezaban José Crespo, Juan de Landa, Tito Davidson y Luana Alcañiz, se encargaron Ward Wing y Edgar Neville; a cargo de éste no sólo corrieron importantes funciones directivas, sino también la traducción y el arreglo de los diálogos originales de Joe Farnham y Martin Flavin.

De la Metro pasó Neville a la Paramount, y preparó cuidadosamente, con el director Harry D'Abbadie D'Arrast, la adaptación de una comedia de Marcel Achard para que fuese interpretada por Maurice Chevalier. Pero suspendido el rodaje de este *film*, regresó Neville a España y, tras de hacer una divertidísima película corta titulada *Falso noticiario*, se entregó

con entusiasmo a hacer el guión y a preparar la elaboración de la primera cinta española importante: *La traviesa molinera*, inspirada en el famoso romance popular; *La traviesa molinera* fué realizada en Madrid el año de 1934, en tres versiones, por Harry D'Abbadie D'Arrast; sus intérpretes principales fueron Hilda Moreno, Eleanor Boardman y Alberto Romea.

Un nuevo y felicísimo cortometraje: *Do-re-mi-fa-sol-si-do, o el día de un tenor*, por Juan García y Conchita Leonardo. En seguida, Edgar Neville acomete sus dos primeras películas largas: *El malvado Carabel*, basada en la novela de Fernández Flórez, con Antonita Colomé y Antonio Vico en los principales papeles, y *La señorita de Trévlez*, según la comedia de Arniches, por María Gámez, Antoñita Colomé y Alberto Romea.

Durante nuestra guerra civil, Edgar Neville trabajó en los servicios oficiales de cinematografía; además de numerosos noticiarios de los frentes, realizó tres documentales de verdadero interés: *Juventudes de España*, *Checas de Barcelona* y *La guerra en los jardines de La Granja*.

Después de la victoria nacional, Neville hizo en Roma tres películas: *Santa Rogelia*, basada en la novela de Palacio Valdés, con Rafael Rivelles, Juan de Landa, Pastora Peña e Irene Caba Alba. *Frente de Madrid*, según argumento original, con Conchita Montes, Juan de Landa y Rafael Rivelles, substituido éste en la versión italiana (titulada *Carmen fra i rossi*) por Fosco Giachetti; y *La muchacha de Moscú (Sancta Maria)*, adaptación de una novela de Guido Milanese, con Conchita Montes, Amadeo Nazari, Armando Falconi y Osvaldo Valenti.

Su nueva etapa de actividad en los estudios nacionales se inaugura en 1941 con dos films dramáticos de corto metraje: *La Parrala*, por Maruja Tomás, Ana María Quijada y Antonio L. Estrada, y *Verbena*, por Maruja Tomás, Amalia de Isaura, Juan Monfort y Miguel Pozanco. A estas producciones siguen, con argumentos propios, *Correo de Indias*, por Conchita Montes, Julio Peña y Armando Calvo, y *CAFÉ DE PARÍS*.

Y los proyectos son numerosos.

CAFE DE PARIS

En un ángulo del amplio salón, ya medio desalojado de todos los muebles que habían sido su ornato, Carmen miraba con desgarradora tristeza el humillante cuadro que la rodeaba.

A un lado, detrás de la mesa, el tasador, armado con su martillo de madera y leyendo la lista de objetos que debía subastar, sólo esperaba que fueran trasladados los ya vendidos para continuar la subasta. Frente al tasador, un sórdido y ambicioso grupo de compradores, con la mirada fija, como las de las aves de rapiña, y un temblor de impaciencia codiciosa en los labios contraídos. Los mozos, indiferentes, brutales, yendo y viniendo, trasladando fríamente los preciosos objetos que habían sido tantas veces contemplados por los ojos, ya cerrados por siempre de su padre..., todo el conjunto desgarrador, sórdido, despiadado, que anuncia la miseria.

Hacia ya largos instantes que el corazón de Carmen latía angustiosamente bajo el traje enlutado. Uno de aquellos hombres estaba probando el piano, su piano, cuya voz sonaba como el quejido de una herida, y para hacerlo golpeaba las teclas con una especie de ensañamiento, como si el pobre mueble fuera un ser débil en que poder saciar sus instintos brutales aquella bestia. El tasador fijó su mirada en el rostro pálido de la huérfana, y dijo dirigiéndose al comprador:

—El piano está en perfectas condiciones.

—Eso—respondió soezmente el hombre, golpeando una por una todas las teclas con sus dedos fuertes como martillos—lo voy a comprobar yo mismo. No quiero comprar a ciegas...

El martirio del pobre piano seguía. Su larga cola brillante tenía unas líneas acariciadoras, más ama-

das que nunca ante los doloridos ojos de Carmen. Parecía implorarle piedad... Y Carmen no pudo desoír aquella voz amada, recuerdo de más felices días. Levantándose rápida y resueltamente, fué hacia el mueble, y mirando al hombre de arriba a abajo, le dijo severamente:

—Para eso no hace falta maltratar el piano.

Sus manos pulsaron suave y acariciadoramente el teclado, y de sus dedos ágiles surgieron unas límpidas y brillantes escalas, que demostraron la magnífica calidad del instrumento, tanto como el talento artístico de la pianista. El hombre, un tanto avergonzado y comprendiendo la lección, retrocedió tímidamente.

—Está bien—dijo volviendo a su asiento.

La subasta continuaba. La voz del tasador ponía precio a aquel mueble como antes lo había puesto a los demás.

—Este magnífico piano está tasado en tres mil pesetas. ¿Quién da más?

—Tres mil quinientas—dijo el hombre que parecía más interesado.

—Tres mil setecientas—pujó otra voz.

—Cuatro mil—gritó otra.

—Cuatro mil doscientas...

Las voces continuaban sonando. Carmen, sin poder resistir aquel martirio, se había alejado hacia otra salita, donde su familia, el grupo despiadado de la familia que no había querido salvar a la huérfana, si-

no que haciendo valer sus derechos de deudores, cada vez la hundían más en la miseria y el desamparo, esperaba con una especie de maligna complacencia el final de todo aquello que les pondría en las manos una pingüe suma, a más de la finca en que ella había pasado una vida dichosa y descuidada al lado de su padre.

—No sé para qué vendéis el piano—dijo la huérfana a sus familiares, que siempre la miraban con mal encubierta hostilidad, restos de una vieja envidia—. Os podría servir alguna vez si llevaseis invitados o die-seis una fiesta.

—Nosotros no pensamos dar fiestas—replicó doña Tomasa con acritud.

—Así se arruina la gente y hay que malvender los objetos en pública subasta—añadió cruelmente la tía Sofía.

—Sin embargo—repuso Carmen dulcemente—, necesitaréis muebles para vivir en la casa.

—Traeremos los nuestros de Ciudad Real—volvió a decir doña Tomasa—. Son muy hermosos y muy sólidos.

—Es que—dijo Carmen, angustiada—están dando una miseria por todos estos muebles antiguos que tenía mi padre.

—Con que den lo bastante para pagar algunas de las deudas, me conforme—terció con su acento tajtante doña Tomasa.

La voz del tasador llegaba hasta

la salita, anunciando la venta de un nuevo objeto:

—He aquí una hermosa miniatura con un marco de oro fino y piedras preciosas.

Carmen se levantó vivamente.

—Es el retrato de papá—dijo con voz temblorosa, dirigiéndose al albacea—. Eso no lo pueden vender..., es imposible que lo vendan.

El albacea la miró con cierta compasión, tratando de calmarla y convencerla:

—No hay más remedio, Carmen. Tiene usted que tener valor.

—Es que yo daría todo lo que pueda tener, todo lo que tengo...

—Poco debe ser—murmuró despectivamente doña Tomasa.

Carmen abrió su bolso y buscó en él afanosamente, revolviendo un puñado de billetes, un resto miserable de la gran fortuna cuyos jirones últimos se estaban desgarrando ante sus ojos.

—Es una loca—volvió a decir doña Tomasa en voz bastante alta para que la injuria pudiera herir los oídos de Carmen—. Es una loca, como su padre, que se arruinó y arruinó a mi pobre hermana con lujos y locuras.

—¡Calla, mujer!—corrigió más piadosamente don Felipe.

—Calla tú—ordenó con acritud doña Sofía—. Tiene razón. A esta chica, además, no le han enseñado nada útil: idiomas, tocar el piano y leer muchos libros, y con eso no se va a ningún lado.

—Según a qué lado quiere usted que vaya—comentó, un tanto irónicamente, el albacea.

Carmen, sin hacer el menor caso de los comentarios de su familia, se había vuelto a la sala de la subasta y atendía, con el corazón palpitante, a las incidencias de la puja, mientras contaba con afán los billetes que guardaba en su bolsillo.

—Dan cinco mil quinientas pesetas—dijo el tasador—. Una vez..., dos veces.

—¡Seis mil!—gritó Carmen.

—Dan seis mil pesetas.

—Seis mil quinientas—gritó apopléticamente el ordinario comprador del piano.

—Seis mil quinientas—repitió el tasador con su acento monótono—. ¿Quién da más de seis mil quinientas?...

Carmen, con la frente bañada en sudor, volvió a contar su dinero, esperando un prodigio. Tenía únicamente siete mil pesetas para hacer frente al porvenir; pero su corazón la impulsaba a adquirir aquel objeto precioso.

—Seis mil quinientas, a la una—decía el tasador—; seis mil quinientas, a las dos...

—Seis mil setecientas—dijo la ahogada voz de Carmen.

El hombre ordinario se inclinó hacia el oído de un amigo que le acompañaba.

—Es que es el retrato de su padre; pero el marco vale un dineral.

—A lo mejor te va a hacer sufrir—advirtió el amigo.

—¡Ca!, se ha quedado sin un real. Ya verás qué pronto cede—y levantando la voz, añadió—: ¡Siete mil pesetas!

Carmen acababa de encontrar un nuevo billete.

—¡Siete mil cien!—gritó.

—Ya no puede más, ¿ves?—dijo el hombre ordinario a su amigo—. ¡Siete mil doscientas!—exclamó con el regocijo de un cazador que ve agotada a la pieza que persigue desde hace varias horas.

—Dan siete mil doscientas—gritó implacablemente la voz del tasador—, dan siete mil doscientas; ¿quién da más de siete mil doscientas?

Carmen buscaba, con los ojos arrasados de lágrimas y el corazón devastado de dolor. ¡Inútil! ¡Nada podía hacer! Sus recursos se habían agotado en aquella pugna estéril. ¡Sólo le quedaba el recurso del llanto y la resignación!

—Siete mil doscientas, a la una!—gritaba el tasador—; ¡siete mil doscientas, a las dos!...—y ya esperaba ella oír las terribles palabras que adjudicaban el objeto cuando una voz desconocida dijo a sus espaldas:

—¡Ocho mil!

Volvióse Carmen al conjuro de aquellas palabras. El que las había pronunciado era un hombre enteramente diferente de todos cuantos la rodeaban. Alto, elegante, con expre-

sión simpática que realizaba una belleza varonil. Sus miradas erraban con aparente indiferencia por diversos ángulos de la sala; pero su interés por adquirir la miniatura debía ser muy grande, porque la puja subió a saltos bruscos, hasta alcanzar la cima de nueve mil pesetas, a que no pudo llegar el hombre ordinario, que se replegó sudoroso, humillado por su derrota.

—Nueve mil pesetas, a la una—canturreó la voz del tasador—; nueve mil pesetas, a las dos; nueve mil pesetas, a las tres...—ante el silencio de los demás pujadores, terminó: —Adjudicado.

Carmen sintió un hondo dolor. Pero en el fondo de su corazón casi le producía un extraño consuelo el pensar que no era aquel hombre feo y odioso, con aspecto de negociante sin entrañas quien iba a hacerse cargo de la preciada prenda, sino aquel otro caballero, cuya distinción y cuya mirada sensible e inteligente parecía revelár en él a un intelectual o a un artista, o, por lo menos, a un hombre de cultura superior...

Carmen dirigió la última mirada al retrato de su padre, que todavía sonreía bondadosamente sobre la mesa del tasador. Su corazón no podía resistir más. Al entrar en la sala donde la familia esperaba con su gesto frío y adusto, hizo esfuerzos sobrehumanos para contener las lágrimas; pero éstas corrieron a lo largo de sus mejillas. El albacea fué el único que se acercó a consolar-

la, dándose cuenta de su situación desgraciada.

—Vamos, Carmen—le dijo—. Esto no tenía salvación. Ya se hará usted una nueva vida.

—Me importaba menos haber perdido la finca—sollozó Carmen—que perder el retrato de papá.

—Tiene usted que ser fuerte—la consoló el albacea—. Para renunciar a tantas cosas tiene usted que ser fuerte. No ha habido otra solución.

—Al fin y al cabo—dijo doña Tomasa—la finca y la casa quedan en manos de la familia, porque, vamos, digo yo, que aunque nos hayamos visto poco, somos de la familia.

—Y ya sabes, Carmen—añadió don Felipe—, que si quieres quedarte a vivir con nosotros, tendremos mucho gusto en ello.

—Podrá enseñar el francés a los niños y ayudar a llevar la casa, para que compense lo que por ella queremos hacer—puntualizó doña Sofía.

—No, muchas gracias—respondió Carmen—. Tengo que ganar dinero para pagar los intereses de vuestra hipoteca. Tal vez un día pueda rescatar la casa.

Doña Tomasa se echó a reír:

—¡Tal vez!

Don Felipe se interesó:

—¿Dónde piensas ir?

—No sé—respondió Carmen tristemente—; lejos de aquí, desde luego, donde nadie me conozca. Don-

de me pueda poner a trabajar sin que le sorprenda a nadie.

—¿Vas a quedarte en Madrid?—inquirió doña Sofía.

—No. Allí conocía demasiada gente a papá y no quiero que le echen la culpa de la ruina.

—¿A quién se la van a echar?—dijo con acento incisivo doña Tomasa, que no podía perdonar a su cuñado.

—No lo sé...—replicó Carmen—, al destino, a su generosidad. A la mala suerte, pero, sobre todo, yo no voy a tolerar que se hable mal de mi padre...—y después de meditar un corto instante, decidió—. Me iré a París.

Carmen no podía aguantar más la compañía de sus parientes. Al mismo tiempo su corazón la llamaba con cierta complacencia dolorosa hacia el lugar donde se había liquidado totalmente su fortuna. Volvió al vestíbulo donde los compradores entregaban sus cheques al tasador, a cambio de los documentos acreditativos de su compra, que éste les entregaba. Los mozos iban y venían trasladando los objetos adquiridos. Carmen lo contemplaba todo como a través de las brumas de un doloroso sueño. El albacea, preocupado por la actitud de aquella pobre muchacha, se acercó a ella con la intención de prodigarle alguna ayuda espiritual o algún consuelo. En las manos llevaba una lista con el importe de lo subastado.

—¿Cuanto ha dado?—preguntó

Carmen apurando su cáliz de dolor.

—Poco—dijo el albacea—. No llega a doscientas mil pesetas. El que ha pagado más alto y se ha llevado más cosas ha sido aquel extranjero —y el albacea señaló al comprador de la miniatura. Carmen no le miró siquiera.

—Está bien—murmuró.

—¿Qué va usted a hacer en París?—le preguntó con interés el albacea.

—En París mi padre tenía una familia muy amiga que yo sé que me encontrará trabajo.

El salón se vaciaba de visitantes. El tasador entregó al albacea la lista definitiva, diciéndole con su tono frío e indiferente de siempre:

—Bueno, esto ya se ha terminado.

Carmen y el albacea se quedaron solos. Carmen se acercó lentamente al piano y empezó a recorrer sus teclas. De entre sus dedos surgió una melodía pueril, de método de Eslava, algo recordado tiernamente de sus años de infancia. Algo, en fin, que hacía agolparse de nuevo a sus ojos, las lágrimas de los tristes recuerdos.

—Recuerdo haberle oído tocar este estudio cuando era usted niña —le dijo compasivamente el albacea, que se daba cuenta de lo que pasaba por aquel espíritu atormentado.

—Sí... es el primer estudio que aprendí, y precisamente en este piano.

Carmen continuaba tocando sin darse cuenta ya de lo que ocurría a su alrededor. Su imaginación se había remontado a los años evocados por aquel estudio. Ni se enteró de que el albacea había salido ni le vió entrar de nuevo, hasta que estuvo a su lado tendiéndole un paquetito.

—Carmen.

—¿Qué?—dijo Carmen volviéndose.

—Tenga —respondió el albacea entregándole el paquete. Carmen se puso a desenvolverlo con indiferencia y extrañeza. Dentro estaba la miniatura de su padre encuadrada en su precioso marco de oro y pedrería.

—Pero ¿qué es esto?—murmuró extrañada la muchacha.

—El extranjero, que dice que se lo regala a usted. Se ha debido dar cuenta del afecto que le tenía.

—¡Yo no puedo aceptar!—protestó Carmen—¿Dónde está ese hombre?

—Se ha marchado. Dijo que lo aceptara usted sin reparo. Que para él es una mínima parte del beneficio por las cosas que ha adquirido de su familia.

—No puedo decir que no—concedió Carmen pensativa. Y suspiró—. ¡Aún hay gente que!...

—¿Cuando se va usted a París?—volvió a interesarse el albacea.

—Mañana...

II

Un tren que corre en medio de la noche siempre deja en el espíritu acongojado una extraña impresión de libertad. Parece que las cargas se hacen menos pesadas y que en el país que nos espera los problemas tendrán más fácil solución que la tuvieron en la tierra que vamos dejando atrás. El aire fresco de los campos, los mil rumores levantados por la velocidad, el pasaje por estaciones que revelan nuevas vidas y nuevos horizontes contribuyen a serenar el ánimo, afirmando en él la idea de que el porvenir será más próspero y fácil de lo que ha sido el pasado que abandonamos... Ilusión a veces engañosa, pero...

Esta era la que mecía el ánimo atribulado de Carmen cuando el mozo llamó a la puerta de su departamento para preguntar si podía ya hacer la cama.

—Sí, sí, hágala—respondió Carmen, y salió al pasillo.

Velozmente pasaban por la ventanilla, envueltos en la bruma nocturna y esclarecidos a veces por fugitivas luces, los postes telegráficos, las desmelenadas copas de los árboles que parecían incendiarse por el fuego de la máquina y que se perdían en la lejanía rápidamente, como visiones de pesadilla. Carmen había pegado la frente ardorosa a

los cristales del vagón y miraba sin ver aquel fantasmagórico paisaje, cuando una voz de simpático timbre sonó a su oído con una disculpa cordial:

—Perdone usted, señora. No la había reconocido al pronto.

Carmen se volvió. Era el extranjero de la subasta, el misterioso amigo que en medio de tan espesos egoísmos, de tan sórdidas ambiciones había sido el único capaz de comprender la angustia de su alma y la congoja de su corazón...

—Ni yo—dijo Carmen tratando de dominar la emoción que le producía la presencia del desconocido—; pero no sabe cómo me alegra este encuentro. Quería darle las gracias más sinceras por el rasgo que tuvo usted conmigo y no sabía cómo hacerlo.

—No tiene importancia—sonrió el caballero—. Era un recuerdo tan personal que me parecía una crueldad que se lo llevase cualquiera otra persona que no fuera usted, con fines mercantiles.

En aquel momento una fila de viajeros que se dirigía al restaurante comenzó a pasar entre medias de ellos interrumpiendo constantemente su diálogo.

—¿Quiere usted pasar aquí mientras terminan su cabina?—dijo él

señalando a su compartimiento.

—Con mucho gusto— accedió Carmen encantada de tener por compañía un hombre tan amable.

Sentados en el vagón, Carmen y Jaime conversaban amistosamente, con una suave cordialidad, como si se hubieran conocido de toda la vida.

—Yo quisiera devolverle a usted por lo menos el marco, que es el que tiene valor en sí.

—Le suplico que no vuelva usted a hablar de eso—rogó Jaime—. Hice tantas, tantas compras en su casa y en tan buenas condiciones, que es lo mínimo que puedo hacer por usted. Así es que prométame no volver a hablarme de ello—y haciendo una transición en el tono de su voz, como queriendo demostrar que aquel asunto quedaba ya suficientemente discutido, agregó: ¿Va usted a París?

—Sí, voy a París.

—¿Tiene usted familia allí?

—No. Ya no me queda familia más que lejana, y en París no conozco a nadie. Siempre que fui era con mi padre, siempre íbamos con prisa, haciendo el perfecto turista.

—Pero esta vez—preguntó con intención Jaime—¿va usted también a hacer turismo?

—No. Ya se acabaron esas cosas para mí. Esta vez voy a ver si encuentro manera de resolver mi vida.

—¿Sin conocer a nadie?

—Mi padre tenía una familia muy amiga de él, que por lo visto se ocupaba de negocios de no sé qué es-

pecie, porque yo no los conocí, y estoy segura de que sabrán encontrarme una ocupación.

—¿Y no ha preferido usted quedarse en su país?

—No—suspiró Carmen—, no he tenido valor.

—¿Valor a qué? ¿A no ser rica?—puntualizó Jaime.

—En el fondo, eso. A no ser rica donde lo había sido. En cambio, no me asusta no serlo y el tenerme que ganar la vida allí donde no me conoce nadie.

Jaime se la quedó mirando pensativo.

—¿Qué sabe usted hacer?

—Nada en especial, pero me siento capaz de cualquier cosa.

—¿Pero no tiene usted una carrera, una especialidad?—insistió Jaime, cada vez más interesado.

—Un poco de todo. Mi padre, a pesar de la impresión que pueda usted tener de él, al ver nuestra ruina, era un hombre alegre, genial, lleno de imaginación y que por único defecto tenía el de ser de una generosidad sin límites; sin más límites que aquello que ha visto usted. Él, jamás se separó de mí; me enseñó todas las artes y todos los oficios, todos los idiomas y todo lo que puede ser una educación perfecta para una muchacha con fortuna; lo único que se le olvidó es eso: la fortuna.

Los dos se echaron a reír.

—Me gustaría saber—dijo Jaime cordialmente—cómo la podría ayudar.

—Yo se lo agradezco mucho, pero es mejor que no me ayude. Sería demasiado fácil para mí que me salieran las cosas tan bien desde el principio por haber tenido la suerte de encontrarle en el tren.

—Yo conozco bastante gente en París—insistió Jaime—, y alguno de ellos sabrá aprovechar todos esos talentos de usted.

—No, muchas gracias —rechazó Carmen con una amable sonrisa—. Voy a ver qué tal me oriento yo, y, además, he de confesarle que tengo mucha seguridad en esos amigos de mi padre.

—Me gustaría saber qué impresión ha sacado usted de su primera entrevista—dijo por terminado Jaime, en vista de la decisión irrevocable de la muchacha—. ¿Quiere usted almorzar mañana conmigo?

—Con mucho gusto —accedió Carmen.

—Para esa hora ya sabrá usted algo.

—Sí, para esa hora ya habré visto a esos señores.

Apareció el mozo indicando a Carmen que su cama ya estaba preparada. La joven se levantó tendiendo una mano a Jaime:

—Hasta mañana entonces... ¿Dónde nos encontraremos?

—A la una y media en el Café de París; ¿le parece bien?

—¿El Café de París?—preguntó Carmen dudosa.

—Sí. En la Avenida de la Opera.

—¡Ah, sí!—recordó la joven—; los turistas íbamos a almorzar muy a menudo allí. Mañana para esas horas ya tendré la vida resuelta.

Jaime la siguió con una mirada indefinible. Una sonrisa vagaba sobre sus labios. Era una sonrisa de admiración por la confianza que la juventud y la inexperiencia daban al corazón de Carmen y de cierta melancolía también por el recelo y la amargura que la experiencia había puesto ya en el suyo.

III

Apenas llegada a la gran ciudad y deshechos sus equipajes, Carmen se dedicó activamente, con esa actividad impaciente que prestan las primeras ilusiones de la vida, a buscar a los señores Dujardin, cuyas señas llevaba escritas en un papel.

Ella los había creído una familia

distinguida, pues sabía de qué rango eran las amistades de su padre, pero su camino a través de París para encontrar la calle en que vivían, fué poniendo un poco de desconfianza en su corazón. Era aquella una calle popular que a aquella hora de la mañana tomaba un sin-

gular aspecto de vulgaridad y de falta de distinción.

Al encontrar la casa, Carmen creyó haberse equivocado. Pero no; las señas estaban allí, claramente escritas, y ella oprimió el timbre de la puerta, sintiendo que la sangre corría por sus venas con un aceleramiento de ansiedad. Tardaron en abrir y al cabo de unos instantes una mujer somnolienta, con el pelo recogido en una colección de papilotes y envuelta en una bata raída, salió a la puerta y se quedó mirando a Carmen con extrañeza y curiosidad.

—¿Qué desea?—le dijo.

—¿Los señores de Dujardin?—preguntó un tanto intimidada la joven.

—Aquí vive la señora de Dujardin, pero al señor no le conozco —explicó la criada—, pase usted.

Carmen entró en el recibimiento. Era una pieza amueblada de un modo abigarrado, con muebles de pa-cotilla de estilo oriental. Carmen se sintió sorprendida por el escalofriante mal gusto que reinaba en aquella habitación. En el suelo, todo, alrededor de las paredes, grandes almohadones de bazar moro flanqueaban las taraceadas mesitas de té; lámparas discretas brillaban en las esquinas.

Carmen atravesó con la criada aquella habitación y entró en otra, decorada en estilo japonés y con el mismo gusto perverso que la anterior. Todo era falso en aquella es-

tancia, las máscaras colgadas en las paredes, las armaduras de samurai colocadas entre los divanes, los tapices bordados, los divanes y las mesas. Carmen sonrió veladamente.

—La señora de Dujardin—le había dicho la criada—duerme aún. Sólo son las once.

—¿Y el señor?—volvió a preguntar Carmen.

—Ya le he dicho que no conozco al señor ni creo que existe. Aquí vive madame Dujardin, pero llevo muchos años en la casa y jamás he oído hablar de él; ¿usted le ha conocido?

—Yo, no—respondió ingenuamente Carmen—; mi padre me hablaba siempre que veníamos a París de unos señores de Dujardin con los que venía a comer de vez en cuando. Solo porque tenía negocios con ellos.

—Bueno, pues pase usted a ver si puedo despertarla.

—No importa. Esperaré...

Cuando salió la criada, Carmen, francamente interesada, se puso a inspeccionar la habitación. El examen no pudo ser menos tranquilizador. Había allí dentro algo que la desagradaba, y hasta que la atemorizaba, sin saber por qué. Deseosa de disipar aquella impresión que se hacía cada vez más penosa, Carmen empujó la puerta que del gabinete japonés comunicaba con un salón. Al mirar por aquella puerta Carmen retrocedió. Ya no podía tener ninguna duda.

En el centro del salón campeaba una mesa de ruleta, en pleno desorden. Por todas partes existían hue-
llas de gente que había permaneci-
do allí durante toda la noche en fies-
ta. En algunas mesitas diseminadas
por la estancia quedaban cubos de
hielo con botellas de champaña va-
cías. En los divanes y sobre el sue-
lo, volcados, vasos vacíos...

Mientras Carmen lo observaba to-
do pensativa, entró la criada sin ex-
trañarle nada de encontrarla allí ni
sentirse contrariada de que hubiera
sorprendido aquel espectáculo, co-
mo si para ella fuera la cosa más
natural y el medio en que normal-
mente se movía.

—Nada—le dijo—, sigue dur-
miendo a pierna suelta. Va a ser
mejor que vuelva usted a la hora en
que se suele despertar, que es a eso
de las cuatro de la tarde.

—¿Todos los días?—preguntó
Carmen sorprendida.

—Todos los días, ¿no ve usted
que se suele acostar a las ocho de
la mañana?

Carmen hizo un gesto. Había com-
prendido al fin qué clase de nego-
cios eran los de la señora Dujardin.

—¡Ah!, entonces, me marchó.

—Esto cuando está animado es a
partir de las once de la noche—si-
guió explicando la criada—. Enton-
ces da gloria ver esta casa.

—Ya me lo imagino—sonrió Car-
men.

—Y si por si acaso se despierta
antes de que vuelva usted, ¿debo de-
cirle que ha venido?—preguntó la
criada ya en la puerta.

—No le diga nada—respondió
Carmen sin abandonar la más ama-
ble de sus sonrisas—. Prefiero darle
una sorpresa.

IV

Al encontrarse de nuevo Carmen
en medio de las calles de París, no
pudo evitar, por mucho que quisie-
ra acorazarse contra ello, una hon-
da impresión de descorazonamiento.
Con su fiasco de los señores de Du-
jardin se había terminado el núme-
ro de sus amistades de París. No co-
nocía a nadie ni sabía qué hacer.
Pero su irreprimible optimismo, su
desbordante juventud seguían po-

niendo ante sus ojos el dorado velo
de la confianza.

La mañana era hermosa y por el
lado de la joven cruzaban todos los
pintorescos tipos de la ciudad. Poco
a poco, desde las calles populares,
Carmen había llegado a las aveni-
das charoladas, silenciosas, som-
breadas por grandes árboles, flan-
queadas por enormes y señoriales
edificios, de un barrio aristocrático.



En el centro del salón campeaba una mesa de ruleta en pleno desorden.



Carmen inspeccionó detenidamente la pieza y no pareció descontenta de su examen.

De vez en cuando un auto brillante cruzaba rápidamente por la calzada. Se respiraba en torno una gran distinción. Carmen juzgó providencial encontrar colgado en el portal de una de aquellas casas magníficas el cartelito que anunciaba que se alquilaba un estudio.

Carmen oprimió el timbre y apareció ante ella un estirado portero cubierto por una librea decorativa.

—¿Se alquila un estudio aquí?—preguntó la joven.

—Sí, en el fondo del patio.

—Vamos a verlo.

El portero requirió a un chiquillo que jugaba en el patio y él se quedó prosopopéyicamente en la portería mientras la joven entraba en un panorama bien diferente.

Pasado el patio, que era común a ambas viviendas, para abordar la escalera del estudio había que cruzar por un pasadizo oscuro. La escalera era miserable y lóbrega. Había que ascender muchos pisos antes de llegar al rellano donde el estudio se encontraba. El chico que guiaba a Carmen abrió la puerta y la joven se encontró en medio de una habitación destartada, amueblada con trastos viejos y desveniciados. La única impresión hogareña la daba un chubesqui que asomaba por los tejados su negra chimenea, promesa de calor confortable durante el crudo invierno parisense..., si se disponía de dinero para el carbón. Un gran ventanal en el fondo de la habitación dejaba ver en

panorama un verdadero océano de tejados de pizarra oscura.

Carmen inspeccionó detenidamente la pieza, y no pareció descontenta de su examen.

—Está bien—dijo—, ya está visto.

—Aquí está el gas—explicó el chico—, y al fondo de esta galería está el lavabo... y todo eso.

—Ya veo, ya veo—respondió Carmen—. Hay que salir por el tejado para lavarse. Muy práctico.

—Sí, sobre todo en verano.

—¿En invierno es menos práctico?

—Sí; pero en invierno se lava uno menos.

—Uno, sí; pero una se lava igual. Ea, voy a hablar al portero de las condiciones.

Y Carmen, decidida a quedarse con la habitación, se dirigió de nuevo a la escalera.

Al llegar al rellano se abrió la puerta vecina y en su marco apareció ante los ojos de Carmen una criatura singular. Ni extravagante ni definitivamente estafalaria; tenía, sin embargo, su presencia un algo que la diferenciaba de lo vulgar. Era una mujer de edad madura, de fisonomía abierta, con esa expresión cordial y comprensiva de los que han luchado mucho y estiman, en la juventud sobre todo, la amenaza de dolor del camino que le queda por recorrer. Al ver a Carmen sonrió como si fueran amigas de toda la vida, y se dirigió a ella con una cordialidad sencilla,

que ganó inmediatamente la simpatía de la joven.

—¿Se va usted a quedar con el estudio?—dijo la vecina.

—Tal vez, si las condiciones me convienen.

—La convendrán—afirmó Colette—y vamos a ser vecinas. Por eso he salido al oír ruido.

—Tendré mucho gusto—afirmó Carmen sinceramente.

—El gusto va a ser el mío de que sea una mujer la que viva en este estudio, en vez de un borrachín o un escandaloso.

—Yo alboroto poco.

Colette la invitó con un gesto amistoso.

—Pase usted a mi estudio. Tómese una copa de café, y le iré explicando los defectos y virtudes de esta casa.

—Es que me está esperando el portero...—se disculpó Carmen.

—Que espere—decidió Colette—; los porteros están para eso. Ahora irá el niño a prevenirle—y volviéndose al chico, con la misma desenvoltura que ponía en todos sus actos, le ordenó: —Anda, salao; dile que vaya preparando el contrato; pero que esta señorita sólo ofrece la mitad de lo que pedís. Anda.

Y cuando el niño, sin duda ya acostumbrado a aquellas salidas, obedecía sin replicar, insistió en su ademán invitador y afectuoso:

—Y usted pase a tomar café.

* * *

Cuando Carmen entró en el estudio de Colette experimentó una indefinible sensación de confianza y bienestar, muy diferente por cierto a la que le había sobrecogido en los salones de la señora Dujardin. El ambiente que la rodeaba difería esencialmente al que la había rodeado toda su vida. La más absoluta carencia, no ya de un indicio de lujo, sino de la más elemental comodidad, reinaba por doquier. Los muebles, escasísimos, que decoraban el estudio, estaban viejos y desfondados, con los forros estallando y asomando el pelote que los rellenaba por heridas que nadie se había preocupado en coser. Como en el que ella quería alquilar, un chubesqui, aquí encendido, tenía encima un puchero donde hervía probablemente el almuerzo de la inquilina. Sobre un hornillo de gas se hacía el café, exhalando un apetitoso aroma. Y al fondo, tirados en dos butacas que normalmente debían hacer el oficio de cama, dos hombres, vestidos pobremente dormían apaciblemente, sin darse cuenta de nada de lo que ocurría a su alrededor.

A pesar de lo poco halagador del cuadro, Carmen se sentía bien allí, impresión en la que sin duda colaboraba la sonrisa franca y amistosa y los ojos inteligentes y sinceros de Colette, que le indicó uno de los asientos más practicables del conjunto.

—Siéntese usted ahí, que le voy a dar en seguida el café.

—¿No vamos a despertar a estos durmientes?—dijo Carmen, señalando a los hombres, que ni siquiera se habían movido.

—¡Ca!—afirmó Colette—, éstos no se despiertan nunca.

—¿Viven aquí?

—No —explicó Colette—; aquel del fondo es pintor, sobre poco más o menos, y pinta aquí porque no tiene estudio donde hacerlo, y anoche, por lo visto, le echaron del lugar donde habitaba, por irregularidades administrativas, y vino a pedir asilo.

—Y el otro, ¿también es pintor?

—No, es un admirador.

—¿Cómo? ¿Este pintor tiene un admirador? —preguntó estupefacta Carmen.

—Sí, por razones especiales; ahora verás...

Colette señaló un caballete en el que había puesta una naturaleza muerta representando diferentes peces, cangrejos y mariscos; todos ellos presididos por un enorme besugo, del que sólo había sido pintado la mitad, quedando el resto sólo trazado en carboncillo.

—Habrás observado—dijo—que este Velázquez sólo pinta comestibles: o pescados, o verduras, o frutas y a veces trozos de carne.

—Sí.

—Pues no creas que es inspiración; es más bien un trato que tiene hecho con los tenderos que, a cambio de entregarles el lienzo, le regalan el modelo. ¿Comprendes?

Carmen se echó a reír de buena gana.

—Sí, sí...; es un modo de alimentarse.

—Yo no me quejo, porque participo de él; pero el que participa más es el admirador, que no tiene más misión en este mundo que encontrar tenderos y convencerles del trato a cambio de participar en los almuerzos. Bueno—se corrigió Colette de pronto con una sonrisa—, te estoy hablando de tú sin apenas conocerte.

—No importa—aprobo Carmen—, está bien.

—¿Qué haces en la vida?, ¿de qué te ocupas?—preguntó Colette con interés que disculpaba su curiosidad—. Ya me figuro que al tomar este estudio es que no andas muy bien de dinero.

—No vas descaminada.

—Pero vienes muy bien vestida.

—¡Qué le voy a hacer! Son restos de otros tiempos, y no tengo dinero para comprarme ropas modestas. En cuanto a ocupación, todavía no tengo ninguna. ¿Y tú?

Colette se echó a reír.

—Yo llevo cuarenta años sin decidirme por una ocupación definida. Si quisiera describirme diría que soy una espectadora de las ocupaciones de los demás—y tendiendo a Carmen una copa llena la invitó: —Toma más café.

—Gracias—aceptó la joven.

—Pero el que no tengas dinero ni ocupación—siguió Colette—se hace

comprender que has venido a dar en el estudio que te convenía; participarás de los modelos de Landusky.

—¿Quién es Landusky?

—Ese que duerme ahí se llama Landusky. El no tiene la culpa, había que llamarle de algún modo, y en Polonia gastan esas bromas...

La conversación se vio repentinamente interrumpida por un ruido extraño que venía de los tejados. Carmen volvió la cabeza en la dirección del ruido y, con gran sorpresa, vio entrar por la ventana a Franz, un músico joven, de agradable aspecto, que sin decir una palabra se dirigió rápidamente al piano, ensayó en él unos acordes mientras cantaba con bastante desafinación una melodía y salía corriendo otra vez por el tejado en dirección desconocida.

—Y esto, ¿qué es?—preguntó Carmen divertidísima por todo aquello.

—Estas son cosas que ocurren en esta casa. Debes ir acostumbrándote. Este chico no tiene piano en su estudio y viene a comprobar en el mío si ha escrito una melodía original o le están saliendo "Las Walkyrias". Bueno, ahora te voy a explicar las ventajas y los inconvenientes de esta casa.

—No hace falta—dijo Carmen resueltamente—, tomo el estudio.

—Así, ¿sin saber nada?

—Con lo que he visto—afirmó Carmen—me basta para comprender que no podría ser feliz en ningún otro sitio. Además, aquí tendré

seguro algún modelo que otro de Landusky.

—¿Te quedas a almorzar?—preguntó Colette levantando la tapadera del puchero—. Mira lo que está hirviendo. Además—explicó con cierto orgullo—, hoy le toca a "Elisa" poner un huevo. Voy a verlo.

Colette salió al tejado y volvió trayendo un cestito en el que había un huevo, todavía tibio.

—¿Quién es "Elisa"?—inquirió Carmen.

—Una gallina amiga mía. Ahora la vas a ver. Tengo hecho un contrato con ella. Me pone un huevo casi todos los días y yo la doy de comer. El día que no pone un huevo se queda sin comer.

Colette cogió a la gallina, que le presentó a Carmen. Luego sacó de un cajón unas aceitunas que puso delante del bicho.

—Hoy tocan aceitunas, y si mañana eres buena, ya verás qué banquete—y volviéndose a Carmen, insistió: —Ea, ¿te quedas a almorzar?

—No, hoy no. Hoy me esperan para almorzar, y me estoy figurando que será el último almuerzo normal que haga en mucho tiempo.

—¿Dónde vas?

—Al café de París.

—¡Al café de París!—exclamó Colette abriendo los ojos—. ¡Oye, Landusky!

Los dos hombres se despertaron sobresaltados a los gritos de Colette.

—Es una amiga mía—les gritó es-



Carmen vió entrar por la ventana a Franz, un músico joven, de agradable aspecto, que sin decir palabra se dirigió rápidamente al piano...



Los dos hombres se despertaron sobresaltados, a los gritos de Colette.

ta orgulosamente—, una nueva amiga mía que tenemos; y ¿sabéis dónde va? Pues va nada menos que a almorzar al café de París.

Landusky miró a Carmen como a una aparición fantástica. Al oír las

palabras de Colette sufrió una especie de desvanecimiento.

—No, no es posible. No es posible—murmuró—. Esto es un sueño.

Y volvió a quedarse profundamente dormido.

V

El decorado suntuoso del café de París—oro y rojo, sobre el tono marfil de las molduras y las columnas—, el armonioso resonar de la orquesta, el capitoso perfume en que se mezclaban las más costosas esencias, producto de la refinada química parisiense, con el aroma de las viandas que los camareros llevaban en las bandejas, todo ello acariciaba a Carmen como un efectivo sueño que no tardaría en disiparse para siempre. Era el adiós definitivo a su vida pasada. Y ella, que comiera tantas veces en el café de París, sin darle la más mínima importancia, recogía ahora en su espíritu cada detalle de aquella comida y lo guardaba en su memoria, deseando que quedase allí perdurablemente para defenderla de las penas, de las miserias y de las tristezas que ya adivinaba amenazando su porvenir... Como una respuesta a sus pensamientos, la voz de Jaime resonó dulcemente en su oído, mientras el camarero servía en sus platos unas langostas Thermidor.

—Entonces, aquellas misteriosas

amistades de su padre, ¿eran demasiado misteriosas?...

—El misterio—dijo Carmen riendo—no podía estar más claro en cuanto se entraba allí.

—Se metió usted en la boca del lobo.

—Pero no he corrido peligro. Si se quiere se sale bien de la boca de todos los lobos.

—¿Qué va usted a hacer?

—No sé. Pero ya encontraré trabajo o forma de vida.

Jaime la miró con simpatía.

—Yo quisiera ayudarla.

—No. Muchas gracias.

—No lo tome usted a mal. No vea usted en mí a ningún lobo. Es un simple y puro deseo de ayudarla por las buenas.

—Muchas gracias—insistió Carmen—. Pero quisiera encontrar el camino yo sola. Tiene algo de competencia deportiva que me divierte.

—Los caminos de París son a veces peligrosos—comentó Jaime, poniéndose serio.

—Para mí, no. Mi camino será

siempre recto y limpio. Eso es, precisamente, lo que le da carácter de deportivo.

En frente de ellos, un camarero hacía arder sobre unas bandejas el ron azucarado de unas "creppes". Jaime sonrió mirándolo.

—¡Qué hermosos son a veces los incendios!—exclamó.

Carmen se sonrió.

—¿Vive usted en París todo el año?—le preguntó.

—No; tengo constantemente que viajar de un lado para otro. Pero esta vez me voy a quedar a ver cómo se abre usted camino.

—No se ría usted, porque es cosa de pocos días.

—¿De cuántos?—sonrió Jaime.

—De tres o cuatro.

—¿A que no se atreve usted a hacer una apuesta?

—¿Usted no cree que yo voy a encontrar trabajo?

—No.

—¿Por qué? ¿No me cree capaz de trabajar?

—Sí, pero no la van a dejar a usted en paz.

—¿Por qué?—preguntó ingenuamente Carmen.

—Le va demasiado bien el negro.

—Me quitaré el luto.

—Es que el gris tampoco le irá mal...

Jaime la miró fijamente, sonriendo de aquel mismo modo que había sonreído la noche del tren; luego dijo con lentitud, como si quisiera que sus palabras impresionaran el ánimo de Carmen y se grabaran en él profundamente:

—Le doy a usted tres días para encontrar trabajo. Dentro de tres días nos volveremos a encontrar aquí. Si lo ha encontrado he perdido, y si no...

—Si no, ¿qué pierdo?—preguntó Carmen.

—Si no, tiene usted la obligación de volver a comer conmigo... ¿Acepta el pacto?

Carmen le miró sonriendo. Le pareció más simpático que nunca. Le tendió una mano, para aceptar, que él estrechó entre las suyas.

—Con tal que pierda...—dijo Carmen riendo. Y Jaime también rió con ella, aunque en el fondo sintiera el dolor del optimismo de aquella muchacha.

VI

Aquellos tres días fueron empleados por Carmen en recorrer París de punta a punta buscando el tan an-

helado empleo y encontrando en su infructuosa búsqueda una serie de amables sonrisas, de disculpas aten-

tas; pero que iban enfriando en ella todas las ilusiones que pertinazmente quería hacerse.

—Lo sentimos mucho, pero no empleamos extranjeras.

—Lo siento mucho, pero la plaza ha sido ocupada hace una hora.

A veces el empleo había sido posible, pero...

—Después de todo es como en una playa. El escaparate estará alfombrado de arena y en el fondo un telón que representa el mar. Por allí pasan los modelos vestidos con los trajes de baño y la gente que va por la calle las contempla... Usted dirá si le conviene...

Carmen había dado las gracias y había iniciado la retirada...

Y he aquí que al cabo de los tres días fijados en su apuesta Carmen se encontró de nuevo en el café de París. Jaime, a su lado, la miraba con su peculiar expresión sonriente, en la que brillaban ráfagas de ternura hacia aquella muchacha tan inteligente, tan bella y tan desgraciada.

—Esto nos rejuvenece—dijo Carmen alegremente y satisfecha en el fondo de haber perdido su apuesta, lo que la obligaba en compromiso de honor a comer dos veces con aquel camarada tan simpático.

—Nos quita tres días de encima—afirmó Jaime, acentuando su sonrisa.

—En el fondo—le dijo Carmen—está usted encantado de mi fracaso.

—No, pero lo presentía; la va a usted demasiado bien el negro, el gris, el azul, el colorado, el verde y

hasta el amarillo, para encontrar lo que se llama un trabajo serio.

—Entonces ¿usted cree que sólo encuentran trabajo las mujeres con treinta centímetros de nariz y bizcas?

—No; pero ésas encuentran un tipo de trabajo más seguro, si se quiere, pero que no le va a usted.

—¿Y cuál es el trabajo que me espera en esa nueva casa que me propone?

—Un trabajo agradable, si le gusta a usted la pintura. Se trata de vender cuadros, de pasearse por la galería, y cuando entre un comprador adivinarle sus gustos, sacarle el cuadro preciso que sabe usted va a comprar y convencerle de que se lleva una obra de arte por poco dinero.

—¿Usted cree que yo sabré hacer eso?—dijo preocupada Carmen, que ya se había resignado con que su nuevo amigo fuera el encargado de buscarle ocupación.

—Entra dentro de la órbita de lo femenino. Al fin y al cabo se trata de engañar a un señor.

Carmen le miró con aire de protesta.

—¿Y usted me cree a mi capaz de engañar a un señor?

Jaime sonrió:

—En el buen sentido de la palabra solamente... El comprador, si es usted quien le vende el cuadro, acabará confundiendo el cuadro con usted y llevándose un lienzo vulgar lleno de su belleza reflejada. Cuando llegue a casa vendrá la desilusión.

—No creí que los lobos fueran tan

galantes. Sólo creí que piropeaban a Caperucita Roja.

Jaime la miró fijamente. Poco a poco su rostro tomó un aire de profunda tristeza que impresionó a Carmen.

—Es verdad. Perdóneme. No he querido piropearla—exclamó.

—No hay tal agravio—explicó Carmen.

—Perdóneme de todas maneras, lo he hecho sin querer...

Y se levantó de la mesa, como incapaz de seguir sosteniendo una conversación que había derivado, involuntariamente, hacia un plano de que él huía desde el primer momento en que habló con Carmen.

—¿A qué hora abren la galería? —dijo ésta.

—Ya estará abierta cuando lleguemos...

Caminaron juntos unos instantes. A Carmen el paseo le parecía delicioso. Al lado de Jaime, París tomaba un nuevo sentido, y su fina belleza se le revelaba con luces nuevas... ¡Qué delicia poder caminar así, al lado de aquel hombre bueno y complaciente, por aquellas calles llenas de dulce sombra, de sol suave, de perfumada brisa!...

Pero había que pensar en la realidad de la vida, y allí estaba la tienda de cuadros, y su dueña, que miraba a Carmen de alto a bajo, mientras preguntaba:

—¿Qué desean?

Jaime sacó una tarjeta del bolsillo.

—Aquí tiene una tarjeta del señor Dupont.

La dueña cogió la tarjeta y la leyó; luego miró de nuevo a Carmen con mayor detenimiento.

—¿Es la señorita a que se refiere?

—Sí—dijo Jaime, y volviéndose a Carmen, añadió: —Bueno, yo las dejo a ustedes, porque tengo que hacer. Adiós, Carmen. ¿Me avisará usted si necesita algo?

—Desde luego—afirmó Carmen—. Muchas gracias.

El servicio de Carmen debía comenzar desde aquel instante. La dueña de la tienda la invitó a dejar su sombrero y su abrigo en una percha vecina, mientras la sometía a un interrogatorio que no carecía de cierta severidad:

—Usted habla español, ¿verdad?

—Sí—afirmó Carmen tranquilamente—, desde que era muy pequeña. He nacido en Madrid.

—El lugar de nacimiento me importa menos; lo que me interesa es que trate usted con nuestra clientela suramericana, que es ahora la que está comprando pintura moderna.

—Yo—afirmó Carmen—procuraré hacer lo que esté de mi parte.

—Usted no ha hecho nunca este oficio; pero ya se sabe, con recomendación se cogen todos los puestos.

Después de aquellas palabras, que no eran precisamente de una gran amabilidad, la dueña le mostró un carnet en que estaban inscritos los precios.

—Vaya enterándose de ellos—le dijo.

El empleo no tardó en parecerle a Carmen extremadamente divertido. Los cuadros que se intentaba vender a la clientela americana eran verdaderos esperpentos. Todas sus convicciones sobre arte se vieron revolucionadas por aquella exposición que la dueña iba explicando sin gran convicción.

—Este cuadro—dijo Carmen, parándose ante uno que era un verdadero horror intraducible—no tiene número.

—No, aún no se lo hemos puesto, pero se titula "Atardecer" y vale veinticinco mil francos.

—¿Con marco?—preguntó Carmen completamente estupefacta.

Carmen continuó por su cuenta mirando aquella galería de espantos. Indudablemente iba a serle muy difícil hacer propaganda de aquellas obras de arte cuya sola presencia le provocaba una honda risa.

Una señora de tipo muy burgués entró en este momento en la tienda. Venía acompañada de dos niños, hijos suyos, muchachos traviesos que se quedaron mirando a los cuadros con la misma estupefacción con que los miraba la propia Carmen.

—¿Qué desea usted?—le preguntó ésta amablemente preguntándose si aquella señora de aspecto tan modesto sería una de aquellas suramericanas que se entretenían en llenar sus lujosas casas con aquellos esperpentos.

—Pues venía—dijo la señora—a que me dijese si sabe dónde podrían mis niños dar clase de dibujo, porque tienen una disposición grandísima.

—Señora—dijo la dueña con mal humor—, yo no tengo idea de esas cosas. Esta es una tienda de cuadros, no un Instituto.

La señora, bastante avergonzada, inició la retirada, pero no sin que antes uno de sus retoños no hubiera aprovechado el tiempo para pintar unos hermosos bigotes en un llamante retrato de señora que se puso a su alcance.

—Mañana le tendré preparado el contrato—dijo la dueña a Carmen—. Tiene que firmarlo el propio señor Dupont, que vendrá por la tarde.

—Está bien, como quiera.

—Mañana—añadió la dueña—esperamos a una cliente suramericana que hace dos años compró diez cuadros modernos. Usted debe atenderla.

—Procuraré—dijo Carmen con muy buena voluntad—que este año compre veinte.

La dueña miró hacia los cuadros, y fijando la mirada en el retrato de señora recientemente reformado por el niño pintor, exclamó con asombro:

—Pero ¿qué es esto? ¿Este cuadro tenía bigote?

—Yo creo que sí—afirmó Carmen.

—Tengo idea de que no era así.

—No sé... a veces se tienen im-

presiones falsas. A mí también, al principio, me pareció que esta señora estaba afeitada... pero no, con esa cara debe haber tenido siempre bigote...

Las dos se miraron con cierta indecisión. La dueña torció el gesto sin saber qué pensar de todo aquello... ¡Daba unas sorpresas la pin-tura moderna!...

VII

A la mañana siguiente, desde muy temprano, Carmen se dispuso a acudir a su nuevo trabajo. Vestida con un sencillo traje, se preparaba a consumir su desayuno, contemplando de vez en cuando el bello panorama que se distinguía desde la amplia ventana de su estudio, cuando apareció por los tejados, que era su camino habitual, Colette, con aire de buscar algo que le interesaba mucho.

—Buenos días—dijo al ver a Carmen. Y siguió buscando ansiosamente con la mirada.

—¿Cómo estás, Colette?

—¿Has visto a "Elisa"?—preguntó con inquietud Colette.

—¿"Elisa"?—dijo con extrañeza Carmen.

—Sí, mujer. La gallina, que no sé dónde se ha metido.

—Estará por el tejado.

—Voy a buscarla—dijo Colette marchando de nuevo—. Estas gallinas así, solas, sin un gallo que las haga compañía no hay medio de que se estén quietas.

Colette seguía su búsqueda de ca-

sa en casa, siempre por los tejados y siempre sin el menor resultado. En todas partes le decían que no habían visto a la gallina.

—Déjala—le gritó Carmen que se había asomado a la ventana para ver a su amiga—, te vas a caer. Ya aparecerá...

Colette pareció convencida por aquella advertencia. Además, acababa de encontrarse por los tejados con su amigo Franz, que venía con unos papeles en la mano y sin duda con ánimo de ensayar una nueva composición musical. Colette inter-peló a Franz inmediatamente:

—¿No has visto a "Elisa"?

—No—dijo sencillamente Franz—, pero he visto antes un gato muy gordo.

—A mi "Elisa" no hay gato capaz de comérsela—afirmó Colette entrando con Franz en el estudio.

Al mismo tiempo que ellos, entraba Lili, una nueva amiga, muy estrafalaria, que cultivaba cuidadosamente la leyenda, la fantasía y la imaginación, lo cual quiere decir que no decía una sola palabra de verdad.



—Sí, mujer. La gallina, que no sé dónde se ha metido.
 —Estará por el tejado.



Colette interpelló a Franz inmediatamente:

—¿No has visto a "Elisa"?

—No. Pero he visto a un gato muy gordo.

—¡Colette!—exclamó arrojándose en brazos de su amiga—¡Cuántos días sin verte! Y es que no me dejan parar las amistades.

—¿Cómo llegas tan temprano?—preguntó Colette con extrañeza.

—Es que hemos tenido las misas del gran duque Cirilo—explicó Lili con sencillez—, que, como sabes, era primo de papá, y ya una vez en la calle digo: pues voy a ver qué es de Colette.

—Pues aquí me tienes muy disgustada porque se me ha perdido "Elisa".

—¡Oh, qué mala suerte!—se lamentó Lili—. ¡Y yo que pensaba que me invitases a desayunar con su huevo!

Carmen hacía su entrada en el estudio, atraída por el rumor de las conversaciones, entre las que había una voz desconocida para ella.

—Te voy a presentar—dijo Colette a Lili—. Mi nueva vecina Carmen, española. Ten cuidado no digas muchas mentiras porque lleva una navaja en la liga y te puede pinchar—y volviéndose a Carmen, que contemplaba sonriente a la nueva visitante, le dijo—: Esta criatura se llama Lili y presenta varios apellidos imposibles de pronunciar. Es rusa, lo cual quiere decir que llora sin motivo. Otras veces canta, también sin motivo.

—Y sin afinación—añadió Franz, que estaba junto al piano.

—No crea usted ninguna de esas cosas—dijo Lili saludando a Car-

men, que le estrechó la mano afectuosamente—. Siempre se están metiendo conmigo.

—Si quieres desayunar... haré café—ofreció Colette.

—La cosa es que me habían invitado a desayunar en el palacio de los Dimitri, pero viven tan lejos... que es un fastidio ir hasta allí.

—Anda, Lili—rogó Colette—, cuéntale a Carmen cómo te escapaste de Rusia, porque si no te vas a poner mala.

—No la haga usted caso—dijo Lili.

—¿A qué hora tienes que entrar en el trabajo?—preguntó Colette a Carmen.

—A las diez—respondió ésta interesadísima por el relato de Lili, que adivinaba lleno de peripecias interesantes—, pero hasta la tarde no viene la compradora famosa...—y volviéndose a Lili le rogó—: ¿Cómo se escapó usted de Rusia?

—Yo se lo contaré a usted otro día—respondió Lili—, porque Colette lo toma todo a broma.

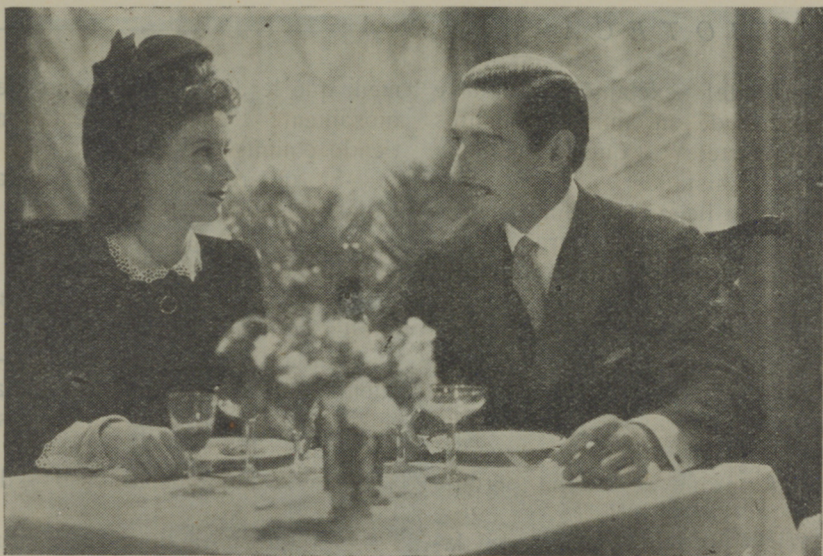
—Como usted quiera—accedió Carmen.

Colette se acercó a ambas.

—Un momento—dijo—, no os habléis de usted, que eso en la corte de los zares estaba mal visto.

Todos prorrumpieron en carcajadas. Carmen, con verdadero pesar, abandonaba aquella reunión encantadora.

—Adiós a todos. No quiero llegar tarde mi primer día de trabajo.



Jaime la miró con simpatía:

—Yo quisiera ayudarla.

—No. Muchas gracias.

—No lo tome usted a mal.



—¡Oh, qué mala suerte!—se lamentó Lili—. ¡Y yo que pensaba que me invitarían a desayunar con su huevo!

—Adiós, y tanto gusto—le respondió Lili.

—Adiós, mujer—añadió Colette—, y que vendas todos los cuadros.

—¡Un momento!—exclamó Franz—voy a componer una pequeña marcha a la laboriosidad y al trabajo, para que salgas de aquí con todos los honores.

Y el pianista se puso a tocar una marcha solemne coreada por los aplausos y las risas de todos y comentada por Carmen con una profunda y cómica reverencia, y se metió en su estudio.

No tardó en recibir allí la visita del portero, que llamó a la puerta.

—¡Adelante!—dijo Carmen.

—Señorita—dijo el portero—, aquí tengo el contrato y tiene usted que pagar, como le dije, seis meses adelantados.

—¿Seis meses?

—Y dos de fianza. Estas son las condiciones en que se alquilan los estudios.

—Parece que reina la confianza.

—Poca, hay poca—convino el portero—. Ya ve usted, a su vecina la vamos a denunciar mañana.

—¿Por qué?—preguntó alarmada Carmen.

—Porque debe otros seis meses.

—¿A cuanto asciende el total?

—Aquí lo pondrá—respondió el portero. Y Carmen revisó los recibos de su amiga haciendo después una pequeña cuenta, tras de la cual

se dirigió a una cómoda y sacó un puñado de billetes que entregó al portero.

—Ahí tiene usted—le dijo—, lo mío y seis meses de mi vecina. No le diga usted nada. Haga como si se le hubiera olvidado presentarle los recibos.

—Así lo haré—afirmó sonriente el portero—. También lo prefiero yo. Cuantos más meses debe, más amable está conmigo.

Salió el portero y Colette y Lili hicieron su entrada por los tejados, como era su costumbre.

—No dejes de venir esta noche—le advirtió Colette—, porque va a haber gran comida.

—¿Cómo es eso?

—Landusky me acaba de mandar un recado misterioso diciendo que nos preparemos.

—Pues no faltará.

—Y Lili te contará cómo en su huida de Rusia mató ella misma a veinticinco lobos que la seguían para comérsela.

—¡Qué bien!—exclamó Carmen.

—No fueron veinticinco—protestó seriamente Lili.

—Pocos faltaron—rectificó Colette—, y ya ves qué precoz. Cuando escapó de Rusia tenía sólo cinco años.

—No, no es así... todo lo equivocas—protestó Lili.

Carmen, riéndose, marchó en dirección a su trabajo.

VIII

Dios no había llamado a Carmen por el camino de la venta de cuadros de vanguardia. Su iniciación en esta difícil profesión, fué un completo fiasco. Incapaz de fingir sus sentimientos, sólo consiguió enfriar a la compradora suramericana que venía decidida a comprar el "Atardecer" y se marchó persuadida de que lo mejor que podía hacer era colgar un bonito espejo en el comedor de su casa.

Naturalmente, el señor Dupont anuló furiosamente el contrato, y Carmen, con las orejas gachas, volvió a descolgar el sombrero y el abrigo de la percha en que los había colgado, y se encaminó de nuevo a su estudio, desesperanzada de que ella pudiera servir para algo alguna vez.

La calle la acogió de nuevo, y ella que siempre la había recorrido alegre y confiadamente, marchó ahora por sus calzadas relucientes, pesada, con paso lento y vacilante, sintiéndose, por primera vez, desamparada en la vida, desamparada de sí misma, que es el más cruel y completo de los desamparos...

De pronto, un auto elegante, de finas y esbeltas líneas, se paró a su lado y alguien la chistó desde dentro. Carmen miró instintivamente, pensando que sería algún galantea-

dor importuno, y encontró a Jaime que le dirigía una sonrisa afectuosa a la que ella correspondió con toda su alma, dichosa de encontrar un rostro amigo en aquel momento de desolación y que aquel rostro fuera precisamente, el de Jaime.

Este bajó del coche.

—Venía a ver qué tal se las arreglaba usted en su nuevo oficio—le dijo a Carmen.

—Pues ha llegado usted tarde.

—¿Cómo sale usted tan temprano? O ¿es que no ha entrado todavía?

—Sí, sí, es que ya he vendido todos los cuadros.

—¿Cómo? —exclamó Jaime sorprendido.

—Nada—afirmó Carmen muy seria—, que he vendido todos los cuadros, y como no hay más que vender, pues el señor Dupont, amabilísimamente, me ha dicho que fuera a dar un paseo hasta que pinten más.

—Me tiene usted que explicar todo eso. Dé el paseo conmigo.

—Muy bien —accedió Carmen, que no deseaba otra cosa. Y ambos subieron al coche, mientras Jaime decía:

—¿De modo que el señor Dupont le dijo que se fuera usted a paseo?

—Exactamente.

Durante el camino que llevaba a su casa, y antes, por las verdes avenidas de los Campos Eliseos, por donde él la llevó, Carmen había explicado a Jaime su fracaso en la tienda de cuadros. Este la escuchaba sonriente, un poco pensativo. Cuando llegaron a la casa de Carmen, ésta se despidió de él y se dispuso a descender del auto.

—Muchas gracias por haberme traído.

—Espere un momento—dijo él deteniéndola dulcemente.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué va usted a hacer?

—¿Cuándo?

—No sé... hoy, mañana, pasado...

—No sé. Yo creo en mi buena estrella.

—¿Cuánto tiempo podrá usted resistir sin encontrar trabajo?

—Tengo lo suficiente si sé privarme de lo superfluo.

—¿Y va usted a privarse de lo superfluo?

—Claro que sí.

—¡Qué lástima!—exclamó Jaime.

—¿Por qué?

—Porque le va a usted muy bien lo superfluo; este perfume, las cosas bonitas que lleva usted. Yo casi preferiría que se prive usted de lo necesario.

Carmen se echó a reír.

—Yo también—dijo—, y es lo que probablemente ocurrirá.

—¿Cómo podría yo ayudarla? ¿No ve usted la manera?

—No. Eso es lo único que veo muy claro. Usted no puede ayudarme de ninguna manera. No se preocupe usted por mí. Es cuestión de días, y ahora me voy.

—¿Cuando la vuelvo a ver?

—Cuando tenga trabajo y mi vida esté resuelta. Adiós...

Y resueltamente se metió en el portal.

Jaime se la quedó mirando unos instantes con expresión indefinible, la expresión con que siempre contemplaba a aquella muchacha tan bonita, tan resuelta y a quien la vida tenía preparadas, sin duda, enseñanzas y desilusiones tan crueles. Miró luego el número de la casa y marchó también de aquel lugar.

IX

Franz, el joven y estrafalario pianista, había llegado a la casa en el momento en que Carmen y Jaime habían parado el coche al lado de la acera. Al ver a Carmen había conte-

nido un gesto instintivo de contrariedad, y sin darse por enterado había subido los escalones de dos en dos y se había puesto a tocar en el piano de Colette su última com-

posición, una "Sonata" en la que tenía cifradas todas sus esperanzas.

Cuando Franz tenía una gran alegría o un gran dolor, tocaba el piano y esto le tranquilizaba. Así, cuando Carmen entró y se sentó a su lado, después de haber dejado sobre una silla polvorienta su sombrero y su abrigo, Franz ya estaba completamente tranquilo y pudo preguntar con un acento indiferente mientras continuaba interpretando con bastante desaliño su "Sonata":

—Ya te he visto abajo... ¿quién era ése?

—Un amigo—y preguntó a su vez—: ¿Qué es eso que tocas?

—Mi sonata. ¿Te gusta?

—Sí, pero ¿estás seguro de que es así?

—¿Qué quieres decir?

—Que si estás seguro de que tiene ese ritmo.

Franz se echó a reír.

—Tienes razón, es que estoy tocándola de cualquier manera, sin ganas.

—¿Cómo se llama esa sonata?

—Se llamaba "Sonata Sueca" hasta que has llegado tú. Ahora se llama "Serenata Española".

—Las preferencias geográficas no están muy claras—advirtió Carmen.

—Te diré, no es solamente por ti. Es porque con el frío que está haciendo este invierno me parece forzar la nota el llamarla además "Sonata Sueca".

Carmen sonrió.

—¿Y Colette?—preguntó.

—No sé, andará buscando su gallina, que parece perdida definitivamente. ¿Qué tal te ha ido en tu trabajo?

—Regular.

—No me extraña.

—¿Por qué?

—Por que tú no has nacido para vender cosas. Te pasa lo que a mí. Tú has nacido para que te vendan cosas... ¿Cantas?

—¿Que si canto?

—Sí, que si cantas... porque si cantases...

—¿Qué ocurriría?

Franz se animó, sus ojos resplandecieron de felicidad.

—Pues que daríamos conciertos—exclamó—. Iríamos por el mundo, yo tocando el piano y tú cantando mis obras.

—Pues como no sea en los bordes de las aceras en los días de feria y con una mona encima del piano no creo que mi voz te sirva para él objeto.

—Anda, canta un poco—suplicó él.

—No quiero.

—Anda, mujer, si eso no te cuesta nada.

—No es por eso—repitió Carmen riéndose—. Es que suponte que te gusta mi voz: ¿cómo voy a arreglarme luego para convencerte de que no quiero ir pegando gritos por esos mundos, y que no me interesa ir?

Franz la miró con cierta tristeza. ¡Hubiera sido deliciosa la realización de su idea! Pero ya el resto de

los amigos iba llegando al estudio. Colette siempre preocupada por la desaparición de su gallina, y Lili, acompañada por Landusky y su admirador, y los tres, trayendo en triunfo una hermosísima liebre que iba a ser el modelo del nuevo cuadro y la comida del almuerzo, todo en una pieza.

—¡Colette! — exclamó Landusky mostrando la liebre con aire triunfal—. Hoy es un día que habrá que marcar sobre el mármol en los anales de la gastronomía de esta casa. Date cuenta del modelo que voy a pintar.

—Otra naturaleza muerta—concedió Colette con indiferencia y sin fijarse en la liebre.

—Nada de muerta. Es para una tienda de escopetas y quieren que la pinte viva. Darse cuenta qué ojos tiene el animalito.

—Pues anda —apremió Colette con su admirable sentido práctico—, ponte a pintarla en seguida, porque creo que la queréis para el almuerzo.

—Yo creo que estará mejor para la cena—dijo Landusky—. Para el almuerzo éste y yo os hemos preparado una sopa con que nos obsequian en la tienda de abajo.

—¿Con qué motivo? —preguntó Colette extrañada.

—Este les ha dicho que es mi santo.

Landusky se había puesto activamente a la tarea delante de su caballete. Dibujaba a un ritmo febril,

con el ansia de que aquel hermoso modelo estuviera pronto en su plato, convertido en un sabrosísimo “civet”, preparado por Colette con todas las reglas del arte. Franz seguía improvisando al piano, comunicado del intenso optimismo que se desprendía de aquella liebre tan substanciosa y tan prometedora.

—Fíjate, Carmen—decía a la joven—, fíjate qué motivo tan bonito.

—¿Es el tema de la liebre?—preguntó ésta.

—No, es “El triunfo de la Primavera”.

—¿Por qué lo llamas así?

—No tengo ningún motivo, pero siempre hace bien en una partitura el que un trozo de música como los demás se llame “El triunfo de la Primavera”, ¿no te parece? Vas a ver cómo suena el triunfo.

Y Franz atacó en el piano una serie de acordes muy sonoros, coreados por un grito de todos los circunstantes... que no tardó en ser seguido por otro grito, esta vez de sorpresa, porque la liebre, asustada, había roto sus amarras en un ataque de pavor y se había lanzado en carrera desenfrenada por los tejados.

La desolación fué general.

—¿Qué pinto yo ahora? —decía Landusky, que había visto cómo su modelo salía disparado hacia un solar vecino en el que había desaparecido para siempre.

—Aquí tengo yo el cuello de un abrigo que era de liebre —ofreció Colette.

—Pero ¿y el ojo?, ¡esa expresión que tenía el ojo!

—Pinta el ojo de Lili, que tiene una mirada muy expresiva. Anda, Lili, sirve para algo...

Carmen se acercó a Colette, que se había quedado muy melancólica:

—No te preocupes—le dijo—, traeré algún dinero para esta tarde.

—¿Qué vas a hacer?—se alarmó Colette.

—Tenía que vender la última alhaja que me quedaba, antes o después; y va a ser antes. Va a ser hoy.

—No lo hagas.

—Si no vale gran cosa, pero nos solucionará la vida unos días. La compré mi padre en Cartier el año pasado.

—No te darán nada por ella.

—Puede que sí. Voy al mismo Cartier, donde me conocen, y con que me den la mitad...

—Diles que no la vendan—dijo Colette con su incurable optimismo—. Ya verás cómo puedes volver por ella. Saldremos todos adelante, hasta Landusky.

Carmen salió, seguida por una mirada triste de Colette, que se volvió a sus amigos con aire resuelto:

—¿A qué hora nos van a subir vuestra famosa sopa?

—La tenía preparada para el al-

muerzo—dijo Landusky—, pero en vista del accidente diré que la guarden para la cena.

El mayor abatimiento reinaba en todos; Colette era la única que parecía haber conservado la decisión y la serenidad.

—Escuchadme un momento—dijo con tono grave, que contrastaba con su carácter ligero y frívolo—. Es preciso que salgamos de esta miseria absurda. Tú, Franz, tienes que terminar de una vez tu sonata; tú, Landusky, es preciso que pintes algo más interesante que cuadros de despensa, y tú, Lili, has de encontrar un trabajo cualquiera—y ante la mirada de estupefacción que la dirigieron sus amigos, continuó: —Lo que no podemos permitir es que esta chica haga lo que va a hacer ahora por nosotros.

—¿Qué va a hacer?—preguntó Franz con inquietud.

—Pues va a vender la última alhaja que la quedaba de su padre para que todos nosotros podamos seguir comiendo con cierta regularidad durante unos días.

—No digas esas cosas tan sentimentales—protestó Landusky—, porque a Lili se le llena de lágrimas el ojo izquierdo, y ¿cómo queréis que la pinte yo?

X

Carmen se había encaminado a casa de Cartier. Ante ella estaban ahora las vitrinas del célebre joyero con sus brillos tentadores, con los reflejos del oro y de las pedrerías, engarzados y combinados de un modo exquisito los esmaltes, los bellos cristales tallados, todo lo que hacía resplandecer la joyería del artífice más exquisito de Europa en sus estuches de cuero y terciopelo de la radiante "rue de la Paix".

Al entrar Carmen en el establecimiento, tres clientes estaban ante el mostrador atendidos por uno de los empleados, que al ver a la joven la reconoció inmediatamente y la saludó con un respetuoso movimiento de cabeza. Carmen había sido uno de sus más asiduos clientes. Ahora Carmen quería esperar que los otros compradores se hubieran marchado para hacer su proposición, tan diferente a las de otras veces.

Aquellos compradores tenían el aspecto distinguidísimo que sellaba por lo general a cuantos entraban en la tienda de Cartier. Descollaba entre ellos una bella dama, cuya distinción se valoraba por una expresión de dulce e irresistible simpatía que parecía irradiar misteriosamente de toda su persona. Al lado de la dama había un perrito que, apenas vio a Carmen se dirigió a ella como mo-

vido por un impulso irresistible, aprovechando la oportunidad de que su ama había soltado la correa para mirar unas alhajas con mayor detenimiento.

—¿Cómo te llamas?—le dijo Carmen en voz baja y cariñosamente: ¿cómo te atreves a venir a saludar a una señora a quien no conoces? Suponte que a mí no me gustan los perros con melenas...

El perro apoyó sus patitas encima de Carmen. Su dueña se volvió sonriente.

—Es un mal educado.

—No importa nada—dijo Carmen—, me encantan los perros.

Diana, el ama del perro, rescató al animalito, repitiendo la sonrisa cordial que ya había dirigido a Carmen, y todo el grupo hizo comentarios sobre la belleza y la elegancia de la muchacha.

—Es una cliente española—explicó el empleado—; suele venir todos los años a comprar algo nuevo...—y entregando a Diana un paquetito, añadió: —Aquí tiene usted, señora marquesa.

—Muchas gracias...

Al pasar hacia la puerta por el sitio en que estaba Carmen, Diana volvió a saludarla con una inclinación de cabeza, y la joven acarició al perro, que no dejaba de mirarla.

—Adiós, amiguito.

—Ha sido un flechazo—comentó riendo Diana.

El empleado se dirigió a Carmen, disculpándose de no haberla atendido antes.

Carmen explicó su situación. De-seaba vender la alhaja y algo más: que ellos, que tenían amistades y conocimientos en todas partes, vieran el modo de buscarle algún empleo con el que pudiera hacer frente a su situación actual. El empleado se excusó amablemente:

—En esta casa es imposible, porque sólo trabajan hombres; pero yo creo que no le será difícil encontrar

una colocación; el saber idiomas facilita mucho... ¿Y en el Ritz? Allí tal vez necesiten alguien sabiendo español.

—Yo no conozco a nadie allí.

—Pero yo conozco al gerente—dijo el empleado—; si me permite usted la voy a dar una tarjeta de presentación. Tal vez él la encuentre un empleo en el mismo hotel.

—Se lo agradeceré mucho.

El empleado envió a pesar y tasar el lazo y entregó a Carmen una tarjeta respaldada con mucho interés.

—Puede ir esta misma mañana al Ritz.

—Sí...

XI

La ausencia del gerente del Ritz obligó a Carmen a esperar durante algún tiempo en el bar del hotel. La obligó esto también a hacer el gasto de un "cock-tail" de los que ella prefería en la época en que podía tomar normalmente el aperitivo. Y he aquí que apenas se había instalado y empezaba a consumir su bebida, cuando el perrito de la joyería vino corriendo a su encuentro, prodigándole las mismas muestras de cariño de hacía un momento. El grupo de compradores de Cartier estaba en otra mesa y la contemplaba, admirado de su belleza, de su simpatía y de su distinción. Diana había vuelto a

acercarse a Carmen para disculparse de aquella obstinación de su perrito.

—Yo no he visto un caso de pasión tan repentina—dijo.

—Es un perro precioso.

—Yo creo que para no disgustarle demasiado debía usted venir a nuestra mesa, a no ser que esté usted esperando a alguien.

—Con mucho gusto—aceptó Carmen—, aunque espero un recado...

Al hacerse las presentaciones Carmen comprendió que estaba entre gentes de la mejor sociedad parisienne. El coronel Mortimer y su esposa Elsa, y Totó Laffitte, una especie de



La ausencia del gerente del Ritz obligó a Carmen a esperar durante algún tiempo en el bar del hotel.



Aquel día, al llegar, la aguardaba un magnífico ramo de camelias. Carmen esperaba que fueran de Totó, pero al leer la tarjeta que las acompañaba sufrió una emoción intensa. Eran de Jaime.

enamorado profesional, que respondió a las presentaciones presentando él a su vez a Diana.

—La marquesa de Latour, también conocida por Diana.

—Yo me llamo Carmen Mondéjar—dijo Carmen.

—¿Vive usted desde hace mucho tiempo en París?—le preguntó Diana.

—No; ahora parece que voy a vivir más tiempo—eludió Carmen—; pero antes sólo venía de turista.

—Ahora se debe usted quedar mucho más tiempo—dijo Totó, fiel a su papel de conquistador.

—¿Por qué?—preguntó Carmen.

—Para decorar la ciudad.

—¿Ve usted?—comentó Diana riendo—, otro flechazo. Al perro no se lo puedo a usted regalar, porque le quiero mucho; pero a Totó, si no tiene usted inconveniente, se lo regalaremos.

—Anda por la calle sin cadena—dijo el coronel Mortimer.

—Pero no muerdo ni me impresionan los faroles—explicó Totó.

—¡Chiss! Totó—reprendió la marquesa—, que no tiene confianza con esta señorita.

—Yo lo que pretendo, por lo menos—dijo Totó a Carmen—, es que almuerce usted con nosotros.

—Estoy esperando un recado—se disculpó Carmen—, y no sé cuánto tiempo tendré que esperar.

—¿Está usted sola en París?—preguntó Diana.

—Sí, completamente sola.

—En esas circunstancias—decidió Totó—yo no tengo más remedio que ofrecirme como tutor—y volviéndose a Carmen, añadió: —Ya verá qué tutor más bueno soy.

Carmen se echó a reír.

—No se ría usted de Totó—dijo Diana, muerta de risa también.

—Una muchacha como usted, sola en París—continuó impertérrito el conquistador—, no puede estar sola, y como no puede estar sola, es mejor que venga con nosotros, y así estará acompañada.

—Ya habrá usted visto—exclamó la marquesa—que se trata de un gran orador.

En este momento un empleado del hotel se acercaba a Carmen para decirle que el gerente estaba fuera de París y no regresaría hasta dentro de dos días.

—¿Puede usted entonces comer con nosotros?—le preguntó Totó, viendo el cielo abierto.

—Pues no sé—dudó Carmen—. Tengo que volver a mi casa.

—Almuerza usted con nosotros—decidió Diana—, porque ya son demasiadas las pasiones que ha despertado usted en este grupo... Mambrú, Totó.

—Ponme en la lista—corrigió Mortimer.

—Es un caso unánime de adopción—decidió Diana—. Vamos a almorzar y luego la llevaremos a su casa...

* * *

Un coche magnífico llevó a Carmen, después de comer espléndidamente con sus aristocráticos amigos, hasta el portal de su casa. Allí la comprometieron para otra serie de encuentros y de comidas, a las que la joven no pudo excusarse de asistir.

Tanto la distinción de Carmen como el aspecto exterior de la casa en que aparentemente vivía—pues la realidad estaba muy al fondo, después de atravesar dos patios—convencieron a sus amigos de que era una persona de calidad.

Aquellas horas, pasadas por la joven en el ambiente que antes le era familiar, la producían una especie de desconcierto. El integrarse de nuevo a su estudio la dejaba en una suerte de desorientación, como si estuviera viviendo una doble existencia. Aquel día, al llegar, la aguardaba un magnífico ramo de camelias blancas. Carmen esperaba que fueran de Totó, pero al leer la tarjeta que las acompañaba sufrió una emoción intensa. Eran de Jaime.

Carmen se apresuró a llevarlas a su habitación, mientras Landusky y su admirador se disponían a cazar un conejo a lazo, engañándolo con una zanahoria, y Lili contaba una historia fantástica de la venta de unos submarinos en que ella intervenía, merced a sus conocimientos entre el Cuerpo diplomático. Necesitaba estar sola unos instantes para recoger sus pensamientos, que la hacían daño en el corazón. ¡Jaime!

¡aquellas flores!, y todos los contrastes que la herían, entre el falso lujo de su vida y la miseria real que la cercaba, y una especie de miedo al porvenir que empezaba a ganarla poco a poco...

En el estudio de Colette sonaba el piano. Era Franz, que había terminado el primer tiempo de su sonata.

—Ya era hora de que alguien terminara la primera parte de algo—dijo Colette, y le apremió: —Anda, siéntate al piano y toca. Somos todos oídos...

Franz era un excelente compositor, pero tocaba muy mal el piano. Al entrar Carmen en el estudio se dirigió a él, y en vista de los tropezos con que el autor interpretaba su obra, ofreció:

—¿Queréis que intente tocarla yo?

—Pero, ¿tocas el piano?—preguntó Franz sorprendido.

—Sí.

—Vamos a ver...

Carmen se sentó al piano. Después de leer la sonata durante unos momentos empezó a interpretarla de un modo tan magistral, que todos los bohemios fueron sintiendo que en sus espíritus se encendía una luz de emoción, de ternura, de entusiasmo, de inspiración, mientras aquellas notas se desgranaban en la noche y Carmen alzaba la frente con expresión transfigurada, como si la música y ella fueran una sola cosa, una cosa que vibraba, que se encendía, que se elevaba a un mundo superior,

irreal, el mundo en que se consiguen todos los sueños y se cristalizan todos los ideales...

—¡Qué dedos!, ¡qué dedos!—exclamó Franz, extasiado—. ¡Cómo suena así la sonata!

Todos la felicitaban asombrados.

—¡Qué impresionante!—dijo Franz—. Esta misma noche termino la segunda parte. Para mí la música toma desde hoy otro sentido.

Carmen sonrió tranquilamente.

—Vamos a no desquiciar las cosas y a comer—dijo con su serenidad acostumbrada—. Luego, si queréis, haremos un pequeño concierto...

La cena era también impresionante. La célebre sopa de Landusky tenía, además de verduras y otros elementos alimenticios, unos huesos extraños que no eran sino el caparazón de una gallina... Colette comprendió, con el corazón henchido de indignación... “Elisa”, la pobre “Elisa”, tan inútilmente buscada durante horas y horas, había encontrado su tumba en el fondo de aquel puchero...

—Es “Elisa”—dijo, es “Elisa”..., y ya me diréis lo que vamos a comer mañana.

—Mañana—respondió filosóficamente Landusky—, Dios dirá...

XII

Había llegado el último día del año, la gran fiesta familiar que se preparaba en todas las casas de París, más o menos ricamente, más o menos modestamente; pero rindiéndose a una tradición tan simpática como antigua, en la que en las casas ricas, en las casas pobres, allí donde hubiera unos cuantos francos que gastar se alzaba el verde arbolito, con sus hilos de plateada escarcha, sus velitas y sus regalos, que habían de ser el augurio feliz de un año próspero.

También Carmen había recibido regalos. Por la tarde, a primera hora, un “botones” le había traído una

gran caja llena de aquellas delicadas fruslerías que al “lobo” (su lobo amable y generoso) le parecían mucho más indispensables que lo preciso para la vida. Perfumes, barras para los labios de las mejores marcas, objetos de tocador en oro, medias de seda delicadas como telas de araña... Y una carta. Una carta afectuosa, familiar, cordial, en la que le anunciaba un viaje inmediato y le deseaba un feliz fin de año. No podía ser más delicado con ella aquel lobo que siempre se mantenía en el plano respetuoso de una amistad que no pretende nada sino ser grato a la persona por quien se pro-

fesa... También venían flores... unas orquídeas, raras y preciosas, que decorarían su estudio con su pompa fantástica... Vinieron también otros regalos de los nuevos amigos, deliciosos caprichos, atenciones sutiles y afectuosas que consolaron su corazón llenándole de augurios felices...

El que no parecía tan contento era Franz, que torció el gesto al ver los regalos sobre la mesa y se dirigió con preocupación mal disimulada a Carmen:

—Regalos caros... ¿se puede saber de quién son ?

—De esos amigos que me han salido.

—¿Esto también?—dijo Franz señalando los de Jaime.

—También... es decir, esto es de otro amigo.

—¿Del que te trajo en coche?

—Sí, del mismo.

—¡Ah!—dijo Franz con una entonación especial que molestó a Carmen.

—¿Por qué dices “¡ah!”?

—Algo tengo que decir—respondió Franz—, y prefiero decir “¡ah!” a cualquier otra cosa.

—¿Qué otra cosa puedes decir?—apremió Carmen.

—Ninguna, ninguna—respondió Franz batiéndose en retirada—; por eso digo “¡ah!”

Franz se fué cerca de la ventana y se puso a martillear distraídamente los cristales con la punta de los dedos. Carmen, que no se había que-

dado tranquila con la anterior explicación, fué a su lado.

—¿Sabes que encuentro tu “¡ah!” ofensivo?

—Y en cierto modo lo es—confesó Franz—. Es un “¡ah!”... ¿cómo te diré yo? Un “¡ah!” que podría lanzar un Otelo que no tuviera mal genio.

—No te sigo—dijo Carmen sin comprender.

Franz se decidió a explicarse más claramente

—Es un “¡ah!” de celos—exclamó al fin.

Carmen se echó a reír e hizo una rápida escala en el piano.

—¿Celos tú?

—Sí. Figúrate que desde que te he conocido me ocurren toda clase de fenómenos.

—¿De qué clase?

—Pues por la noche, en vez de dormir, me pongo a pensar en ti. Luego, por fin, me duermo... y sigo pensando en ti.

—¿Me ves desafiándote al piano?

—No, te veo interpretando mis obras en grandes salones, entre ovaciones. Al final, todo el mundo se acerca a felicitarme y yo digo: “No vale nada”.

—Muy amable.

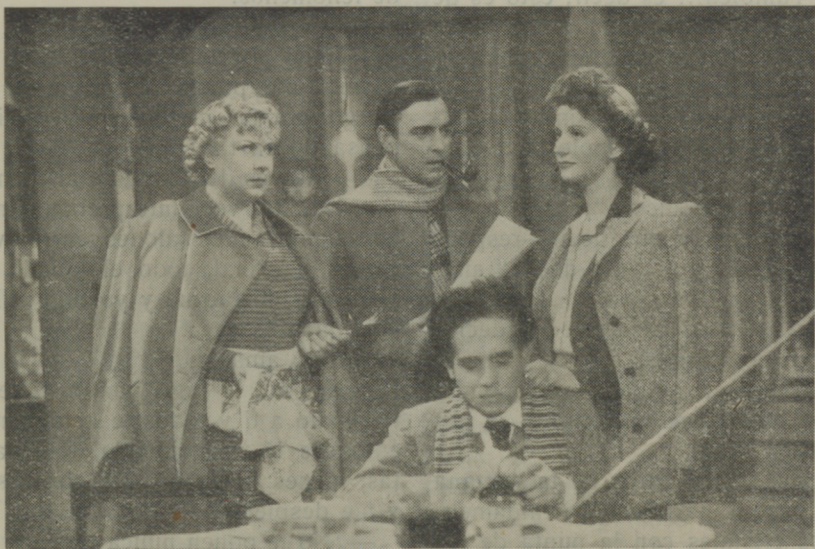
—No, no, lo digo por mí. Luego te señalo a ti y todos te aplauden y entonces tú, emocionada, te levantas, vienes hacia mí, me abrazas... y me despierto.

—¿No te ponen nunca coronas de laurel?



—¿Sabes que encuentro tu "jahl" ofensivo?

—Y en cierto modo lo es.



—Carmen; haz el favor de marcharte a comer con tus amigos. Es ridículo que te quedes con nosotros.

—No lo tomes a broma—dijo Franz muy serio—, porque esto es muy grave—y tendiendo la mano a Carmen, añadió: —Tómame el pulso.

Carmen le contó gravemente las pulsaciones.

—Normal—dijo.

Franz se volvió de espaldas a ella sin retirar la muñeca de entre sus manos.

—Tómalo ahora—exclamó.

—Igual.

Franz se volvió hacia ella en un verdadero impulso de pasión contenida:

—No; cuando te miro late más fuerte y me aprieta en la garganta...

—y añadió acercándose a ella y mirándola a los ojos: —Carmen, me parece que me estoy enamorando de ti.

—No creo—respondió Carmen—; deben ser anginas... A ver, abre la boca y di "aaa".

Franz obedeció dócilmente:

—¡Aaaaaa!

—No se ve bien...

—No son anginas, mujer, es amor; pero no te preocupes porque no te voy a fastidiar con él. Ya comprendo que no estoy en condiciones para inspirar pasión.

—No sé por qué—respondió Carmen mirándole.

—Los hombres, cuando piden el amor de las mujeres les ofrecen partir con ellas todo lo que tienen en la vida. Ya ves lo que tengo yo.

Te podría dar las teclas negras del piano, pero es poco.

Carmen se le quedó mirando pensativa, y ya perdiendo su tono de broma porque había comprendido que Franz sufría a través de su tono festivo:

—Cuando las mujeres quieren a un hombre no es para partir con él nada.

—Es para quedarse con todo—aclaró Franz.

—No sé por qué... Es que les late el corazón al verle y les aprieta la garganta.

—Anginas—comentó Franz.

Eso...—respondió Carmen riéndose de buena gana.

—¿Y a ti te ocurre eso con el de los regalos?

—¿Con quién?

—Con aquel que te trajo en el automóvil hasta la puerta de la casa.

Carmen eludió la conversación con un gesto tajante:

—Vamos a no hablar de esas cosas, ¿quieres?

—¿Te molesta?

—No, hombre—dijo Carmen sonriéndole cariñosamente—; es que es una conversación que no le va a tus anginas.

—¡Ah! —hizo Franz, que había comprendido demasiado bien.

—Además, cuestión de recato; ¿tú sabes lo que es recato?

—Tengo una idea vaga...

Y con esto terminó la conversación.

* * *

La noche de Año Nuevo prometía ser muy brillante entre los habitantes del estudio. Lili se había encargado de traer el caviar para los entremeses; Landusky y su admirador, el plato de carne; Franz, el pastel para el postre. Pero una serie de circunstancias desgraciadas fueron complicando la situación de tal modo que nadie trajo lo que había prometido para la fiesta, y el banquete había quedado reducido a siete castañas encontradas por el admirador y que se alineaban melancólicamente sobre la mesa del estudio.

Mientras todos contemplaban desolados aquella ruina de sus ilusiones gastronómicas y aquella bancarrota de su alegría, los amigos de Carmen, reunidos en un magnífico "reveillon", enviaron un recado a Carmen diciéndole que la esperaban sin falta a cenar con ellos. Carmen respondió lacónicamente que hasta el día siguiente le era imposible ir, y devolvió la carta al "botones", decidida a compartir con sus amigos la debilidad correspondiente a la cena de Año Nuevo que habían preparado.

—¡Carmen! ¿Estás loca?—le dijo Colette al enterarse de su negativa.

—No había pensado nunca en ir.

Colette intentó detener al "botones"; pero éste ya se había marchado; entonces se volvió suplicante hacia su amiga:

—Carmen, haz el favor de marcharte a comer con tus amigos. Es ridículo que te quedes con nosotros.

Pero todas las súplicas, las órdenes, fueron inútiles. Carmen se puso a tocar el piano. Era un hermoso vals de Franz que ella interpretaba de una manera genial.

—Mira, mira qué vals tan bonito...

* * *

Totó y los demás habían recibido la repulsa de Carmen con desolación. No podían imaginar que aquella muchacha pasara el día último del año sola, sin familia, sin amigos, triste y recordando sin duda a su padre y las escenas alegres de otros años en aquella misma noche. Decidieron, pues, ir a acompañarla, y ya que ella no quería salir, llevar a su casa todas las vituallas que tenían preparadas para pasar juntos la fiesta familiar.

En grandes paquetes fueron pasando los manjares, los vinos, los dulces, y todos animadamente montaron en el coche de Totó y se dirigieron a la casa de Carmen.

En ella, naturalmente, les esperaban grandes sorpresas. En todos los pisos que iban llamando les daban la misma respuesta. La señorita Carmen Mondéjar no vivía allí, no tenían ni idea de quién pudiera ser. Al fin Mortimer se dirigió al portero, que aclaró el asunto. La señorita de Mondéjar no vivía allí, sino en la otra casa que tenía entrada por el mismo portal. Y él mismo se ofreció a guiarlos.

—Aquí es—dijo al llegar al corredor y ante el hueco oscuro y sór-

dido de la escalera—. En el último piso.

—Pero ¿está usted seguro de que es aquí donde vive la persona que buscamos?—preguntó extrañadísimo Totó.

—Sí, sí. La señorita Carmen Mondejar, una señorita española, pues no vive otra. Es en el último piso, en la puerta de la izquierda.

—Pues allá vamos. ¡Animo!—exclamó Diana disponiéndose a subir la escalera.

El espectáculo que se ofreció a los ojos de los amigos de Carmen no pudo ser más sorprendente. Carmen, envuelta en una bata de casa, salió personalmente a abrirles la puerta, dejando ver la pobreza de su alojamiento. Ellos, conmovidos al comprender por fin la verdad, la contemplaban con simpatía y Diana la abrazó cariñosamente.

—Pero ¿qué habéis hecho?—les dijo Carmen—. ¿Cómo está sorpresa?

—Que no podemos resignarnos a pasar la noche vieja sin ti—afirmó Diana. Y todos entraron tumultuosamente en el estudio.

—Pues ya veis dónde vivo—respondió Carmen resignada.

—¿Por qué no nos lo has dicho?—preguntó Diana con acento de reproche.

—¿Qué culpa tenéis vosotros?

El sitio le parecía precioso a Totó, que se disponía a poner la mesa. Todos le secundaban entusiasmados, a pesar de las protestas de Carmen,

que temía que sus aristocráticos amigos estropearan su cena de Año Nuevo.

—Vais a estar muy mal.

—Vamos a estar mejor que en ningún lado—afirmó Diana, y todos exclamaron:

—¡Naturalmente!

El ruido había atraído a Colette y Landusky, que al ver el estudio de Carmen invadido de aquellas personas distinguidas intentaron retirarse discretamente, siendo llamados por Carmen, que no podía prescindir de sus bohemios en un momento como aquél, y que les fué presentando según llegaban del otro estudio:

—Esta es mi vecina, y éste un gran pintor... y este otro amigo es un admirador del gran pintor. Y aquí tenéis a Franz, el gran músico, y a Lili.

—Gran duquesa entre semana—explicó Colette.

Todos los saludaron efusivamente, encantados de encontrar una concurrencia tan pintoresca.

Pues habíamos venido a sorprender a Carmen—dijo Totó—y la sorpresa no puede ser más agradable. Vamos a comer todos juntos.

—¡Viva!—gritó Landusky sin poder contenerse.

Todos se apresuraron a colaborar en los preparativos para la fiesta tan agradable cuanto inesperada. Sólo Diana, cuyo corazón delicado había comprendido la tragedia de Carmen, se quedó al lado de ésta para ayudarla a vestirse.

—No debíais haber venido—dijo Carmen pesarosa.

—Pero ¡qué tonta eres, mujer! ¿Por qué nos has ocultado que pasabas apuros?

—No me gusta quejarme, no estoy acostumbrada.

Diana le consolaba fraternalmente. Quería que aquella misma noche Carmen cambiase completamente de vida y se fuese a vivir con ella, en el medio y la atmósfera que la correspondían. Luego, despacio, ya podría encontrar empleo adecuado, a lo que la ayudarían todos los amigos que la querían bien.

Carmen protestaba. No quería dejar a sus artistas, a sus bohemios queridos, ni quería hipotecar su libertad aunque fuera con tan doradas cadenas. Pero Colette apoyaba a Diana:

—¡Quedás expulsada de esta casa!

La mesa estaba puesta. El sordido estudio había tomado, como bajo el influjo de una varita mágica, un aspecto espléndido. Las bandejas llenas de manjares exquisitos, el cristal de las botellas, prometedoras

de licores capitosos y soberbios, el caviar, los postres apetitosos... Los platos iban de mano en mano, se descorchaban las botellas y caía en los vasos el vino dulce y espumoso. Carmen volvía a sentirse alegre y todos los demás eran felices... Sólo Franz no participaba en la alegría general. Su plato estaba intacto. Ni siquiera había llevado a sus labios el borde de su copa.

—¿Es verdad que te marchas de esta casa?

—Ya ves, todos lo quieren... hasta Colette.

—Los días que has estado tú en ella han sido los más felices de mi vida... al marcharte tú...

—Yo vendré todos los días.

—No será lo mismo.

—¿Por qué no?

—Porque lo bueno era sentirte, vivir cerca de mí. Saber que todo el trabajo que yo hacía estaba cerca de tus dedos...

La fiesta continuaba, ahogando las palabras del músico. Las risas, los aplausos, los taponazos del champagne...

Franz se calló, vencido.

XIII

Salida de aquel ensueño, Carmen había entrado en otro. La casa de Diana, el esplendor de aquella casa donde su vida volvía a encontrar el

"confort" y el lujo que creyera para siempre perdidos... Y algo más. Una carta. Una carta de Jaime, llegada desde el estudio al día siguiente de

estar Carmen ausente y en la que el "lobo" le proponía un viaje a Nueva York en el "Normandie" acompañada por él, y para proporcionarle allí un espléndido empleo.

Carmen vacilaba hondamente preocupada. Diana la animaba.

—¿Qué crees que debo hacer?

—Lo que vas a hacer. Aceptar.

—¡Pero un trabajo tan lejos!

—No llegues tan lejos. Lo importante es el viaje. El "lobo" está hecho un cordero. ¿Cuándo llega?

—No sé... Por lo visto, de un día a otro.

—Pues hay que prepararlo todo para el viaje—decidió Diana—. Te advierto que voy a pedir informes del "lobo", a examinarle los dientes y aclarar sus propósitos; si no me gusta, no sales de esta casa.

Carmen sonrió:

—Me parece muy bonita esa protección, pero a lo mejor el "lobo" se enamora de ti y me abandona...

Se reanudó el diálogo mientras desayunaban. Diana preguntó a Carmen seriamente cuáles eran sus sentimientos acerca del "lobo".

—¿Estás enamorada?

—Sí... creo que sí—afirmó ella.

—Yo te ayudaré, yo sabré decirle, y vuestro viaje a Nueva York será un viaje de bodas...

En este momento se abrió la puerta del fondo del comedor, justamente la que caía a espaldas de Diana, que continuaba hablando a Carmen. En su marco apareció sonriente... Jaime, que se adelantó hacia la mesa,

y que al ver a Carmen se detuvo con un gesto de extrañeza. Esta también se le quedó mirando, pálida de emoción. ¿Qué hacía el "lobo" allí? ¿Habría sabido que ella se encontraba en aquella casa y vendría a buscarla?

Pero esta última suposición que llenaba el corazón de Carmen de una felicidad tumultuosa, quedó desvanecida inmediatamente. Jaime se acercó lentamente y en silencio a Diana, le tapó los ojos con las manos y le dió un beso.

Diana comprendió inmediatamente que se trataba de su marido, que había regresado de su último viaje.

—Pero, hombre, ¿por qué no me has avisado y te hubiera mandado el coche a la estación?—y volviéndose a su amiga presentó: —Carmen, mira. Este es mi marido—y luego, volviéndose a Jaime: —Aquí tienes a Carmen, de quien te he hablado en mi carta.

—Sí, ya me la describías—respondió Jaime sonriendo.

Carmen sintió que su corazón se cerraba y que la emoción la asfixiaba.

—¿Pero le has escrito acerca de mí?

—Claro—bromeó Diana—, para que no te echara por la ventana cuando volviera... Anda, Jaime, siéntate y desayuna con nosotras.

—No—se excusó él—, no tomo más que café. He desayunado en el tren.

Jaime se volvió a Carmen con naturalidad.

—¿Qué hace usted en París?
¿Trabajar?

—No, por lo visto no sirvo para nada—respondió Carmen, que no podía dominar su amargura.

—Sirve para todo—corrigió Diana—, pero tiene la manía de ganarse la vida.

—Es difícil en París... sobre todo siendo así—y se detuvo sonriendo.

—Siendo bonita, dílo—terminó Diana.

—Bueno—interrumpió Carmen completamente azorada—yo me voy a vestir.

Jaime comprendió:

—Quien va unos momentos a dar unos telefonazos soy yo. Hasta luego—y dirigiéndose de nuevo a Carmen le dijo afectuosamente: —Y tengo tanto gusto en encontrarla...

Cuando Carmen se quedó sola con Diana no supo qué decir. Lo que acababa de saber trastornaba de tal forma su vida, que necesitaba de toda su fuerza de ánimo para conservar su serenidad.

—¿Qué te parece?—le preguntó Diana.

—Muy bien... y se nota que lo quieres.

—Le quiero mucho. Es todo para mí, alegre, bondadoso, generoso; me quiere y tiene confianza en mí.

—Eso es lo principal—suspiró Carmen.

—Y yo en él—añadió Diana—. Y no es que le crea soso. Le divierten todas las mujeres simpáticas y le gustan todas las guapas; pero siem-

pre se mueve dentro de un límite de lo correcto. ¿Comprendes?

—Sí, comprendo—exclamó Carmen, que comprendía demasiado—. No llega a cortejarlas, no pasa de un afecto amistoso.

—Así es. Tiene una gran capacidad para la amistad. Y luego, sólo me quiere a mí...

—Así debe ser. Tienes suerte—afirmó Carmen con voz ahogada.

—Luego le daremos la ficha de todos tus amigos para que les vaya encontrando trabajo... Jaime conoce a todo el mundo en París y le será fácil.

—No le hables del "lobo"—suplicó Carmen.

—¿Por qué? A lo mejor es amigo suyo.

—Por eso. No le digas nada. Me azoraría mucho. Además, éstas son cosas que arreglamos mejor entre mujeres—y tras una ligera vacilación, añadió: —Me voy a vestir.

Diana se acercó a ella y le besó cariñosamente.

—Ponte bien guapa y alegra esa cara.

* * *

Al salir Carmen por el pasillo en dirección a su alcoba se tropezó con Jaime, que la retuvo con la misma expresión afectuosa que había tenido para ella en todas las entrevistas:

—¡Qué sorpresa, Carmen!

—Sí, y e r d a deramente—afirmó

Carmen haciéndose fuerte—; tuve la culpa yo que no ligué su apellido con el de Diana.

—Sin duda por el título.

—Sin duda... en fin...

—Yo no sé si he hecho bien en no decir que ya nos conocíamos, como era lo natural; pero no sé, pensé que a lo mejor no le gustaría a usted...

—¿Por qué no me había de gustar? Nada más natural que el habernos conocido. En todo caso, lo que podía parecer raro es que hubiera usted almorzado conmigo algunos días.

—Es que Diana estaba en Londres en aquellos días. Si Diana hubiera estado en París hubiéramos almorzado los tres juntos.

—¡Ah!, es verdad.

—La cosa es que ahora es difícil explicarle que nos conocíamos.

—Sí, déjelo; ¡qué le vamos a hacer! Me voy a vestir...

—Hasta luego—dijo Jaime mirándola marchar.

Carmen entró en su alcoba. Unos instantes todavía quiso rehacerse, recobrar la serenidad, pero no pudo. Le abandonaron las fuerzas y se echó a llorar amargamente.

XIV

La llegada de Jaime había trastornado completamente las apacibles costumbres que antes reinaban en el estudio de Colette. Todos los bohemios se probaban unos fracs absurdos, procedentes de una casa de alquiler; Lili hablaba más que nunca de sus Grandes Duques rusos. Todo eran preparativos para la gran fiesta que aquella misma noche iba a celebrarse en los salones de Diana para dar a conocer al editor Salabert la sonata y las composiciones de Franz, que Carmen debía ejecutar al piano, y para que algunos comerciantes y aficionados a la pintura conociesen a Landusky y sus creaciones.

Carmen y Franz ensayaban en el piano de Diana la sonata. Ambos estaban tristes. Sus corazones se encontraban, sin saberlo, en un punto misterioso. El de la pasión defraudada, el de los sueños de amor rotos para siempre. Carmen acababa de tocar la sonata a la que había dado una expresión radiante.

—¿Qué tal?—preguntó a Franz.

—Bien; con menos pasión al final.

—Debías de tocar tú.

—No; si toco yo no me compran la fantasía, ni el vals, ni nada. Tú lo haces mejor.

—¡Mira que si Salabert te contrata!

—Sí.

—¿Sí, nada más?

—¿Qué quieres? Hace unos días esa suposición me hubiese vuelto loco de alegría. Probablemente me hubiera subido de pie en el piano.

—No seas tonto. Súbete.

—No. Ya no me ilusiona ser rico, mientras tú te vas de viaje de boda con otro...

—No seas tonto—sonrió Carmen.

—¿Pero te vas o no te vas?

—Sí.

—¿Y te casas o no con el "lobo"?

—No hablemos de eso. ¿Qué hubieras hecho con la fortuna y sin mi viaje?

—Me hubiera comprado una levita y una chistera y hubiera ido a pedir tu mano.

—La levita hace triste.

—Pues entonces sólo con la chistera, pero hubiera pedido tu mano.

Diana y Jaime entraron en el salón. Al hacer las presentaciones, Franz le reconoció inmediatamente.

—¿Pero no es ése el "lobo"?—dijo a Carmen en voz baja.

—Sí—suplicó ésta—, pero calla, por Dios.

Diana le explicaba muy satisfecha. Además de Salabert asistiría a la reunión un gran editor americano de música. La fiesta iba a abrir probablemente a los artistas las puertas de un brillante porvenir...

* * *

Y la fiesta comenzó aquella noche, radiante, inolvidable. Carmen, sen-

tada ante el piano, interpretaba la música de Franz con verdadera inspiración. Al terminar la sonata, el público, electrizado, se levantó de sus asientos yendo hacia Carmen en un impulso de fervorosa admiración.

—Felicitó a usted—le dijo el editor—por su ejecución, que no ha podido ser más brillante.

—Es la obra la que es buena. Anda, Diana, preséntale al autor de ella que está allí, todo lleno de timideces.

Todos estaban contentos. Landusky había logrado un encargo importante. Todos estaban rebosantes de entusiasmo, de alegría, de optimismo. Sólo Franz continuaba triste y como lejos de todo.

—¿Qué tal?—le preguntó Diana.

—Bien, muy bien. Salabert me ha citado mañana a las once para firmar un contrato.

—¡Cuánto me alegro!—exclamó Diana—. Esto se lo debe usted a Carmen.

—Tal vez. Pero sobre todo a usted...

* * *

La brillante "soirée" había terminado. Diana, Jaime y Carmen se quedaron solos, fatigados por tantas emociones. En un instante que Diana salió para ordenar que les preparasen unos vasos de leche que reposaría sus nervios, Jaime se acercó a Carmen suplicante:

—Carmen, tenemos que hablar largamente. Tenemos que aclarar una serie de cosas...

—No creo—respondió Carmen—. Ya está todo clarísimo.

—No. Aquí me es muy difícil hablar. Yo le suplico que mañana almuerce conmigo en el Café de París, como antes. Será una conversación decisiva.

—¡Yo no puedo hacer eso!—protestó Carmen.

—Sí, hágalo — apremió Jaime—. Le aseguro que es necesario. Mañana a la una y media la espero en el Café de París.

Diana entraba para anunciar que en seguida traerían el servicio. Al notar la palidez de Carmen, su

preocupación, se dirigió hacia ella con solicitud cariñosa:

—¿Qué te ocurre, Carmen? ¿Qué te pasa? Estás triste.

—Estoy cansada. Ha sido un día de muchas emociones.

—No te preocupes. Esta noche duermes diez horas y mañana estás como una rosa.

—Mañana es posible que no pueda estar contigo—respondió Carmen—. No lo aseguro, pero estoy esperando noticias de España de un momento a otro... A lo mejor tengo que salir temprano y ya no puedo volver a la hora de almorzar...

Diana la miró sonriendo afectuosamente y movió la cabeza con cierta remota expresión de pesar...

XV

El tren corría, corría por los campos en dirección contraria a aquella que llevaba la noche en que Carmen, con la ilusión de la juventud, con la confianza de la inexperiencia, había emprendido el camino de París. Corría el tren por los campos, mientras una mujer desengañada y dolorosa, se dejaba balancear por el ritmo monótono del vagón, con los ojos cerrados, para no ver, y el alma turbia de desilusión y de desesperanza...

Ante una mesa del café de París, Jaime esperaba en vano, delante de los dos cubiertos servidos. Carmen

no acudía a la cita. Carmen huía para siempre de un sueño roto, de una esperanza muerta... Después...

Después fué la casa de los parientes ricos. La casa sórdida, en que Carmen debía sufrir todas las humillaciones a cambio de un pedazo de pan. Era una ofensa continua, era una injuria de cada instante, era una humillación de cada minuto; pero ¿qué le importaba a ella si la vida, su vida, se había quedado detrás de ella, si ya no le quedaba ni un amigo, ni un cariño, ni una esperanza?

Su único consuelo era tocar la "Se-



Después, fué la casa de los parientes ricos. La casa sórdida, en que Carmen debía sufrir todas las humillaciones a cambio de un pedazo de pan.



Era una ofensa continua, una humillación de cada minuto...

renata Española" ante el balcón que daba a la calle, silenciosa en aquellas tardes lentas, todas iguales, todas ante el horizonte cerrado de las tapias bajas, de las rejas cerradas, del egoísmo despierto e hiriente...

¡La "Serenata Española"!

Una de aquellas tardes, se paró ante la casa un auto estrafalario al que rodearon inmediatamente enjambres de chiquillos curiosos. De aquel auto saltó un muchacho que no hubiera tenido nada de extraño si no hubiera llevado sobre la cabeza un sombrero de copa bastante deslucido y que le estaba pequeño.

Este muchacho entró en la casa e irrumpió, sin hacer caso de las protestas airadas de los parientes de Carmen, en el gabinetito en que ésta se encontraba, acaso más melancólica y desolada que nunca.

Al ruido se volvió la joven, y al encontrarse ante su amigo, pareció que su corazón recobraba una vida nueva y que la sangre le latía en las venas con un ritmo desconocido.

—¡Pero Franz! ¿Qué haces tú aquí?

—Yo te anuncié cual era mi propósito si llegaba a ser rico.

—Sí, pero me dijiste también que vendrías en un cisne.

—Lo tengo abajo, esperando. Anda, vámonos.

—No, Franz, yo no quiero volver allí.

—Tengo el encargo de todos de llevarte aunque sea a la fuerza—y sacando del bolsillo unas esposas se

las mostró, añadiendo: —Mira, por si te resistes.

Carmen se echó a reír como hacía mucho tiempo que no se reía.

—¿Quién te ha dado ese encargo?

—Todos, pero principalmente Diana.

—¿Diana?

—Sí, Diana que sabía quién era el "lobo" desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué dices?—exclamó Carmen asombrada.

—Ya te explicaré en el camino. Mira lo que me ha dado para ti.

Y Franz sacó de su bolsillo un envoltorio que entregó a Carmen.

Esta lo desenvolvió, encontrando dentro el lazo que cierta mañana había dejado en casa de Cartier.

—¿Esto ha sido Diana?—preguntó.

—Sí. Regalo de boda.

—No digas disparates.

—Es regalo de boda, o si no, me lo guardo.

La doncella entraba a avisar a Carmen:

—Que dice la señora que si no vuelve usted inmediatamente que retira los platos y se queda sin comer.

Franz saludó a la doncella con un gesto amplio de su sombrero de copa. Después se llevó a Carmen hacia la puerta de la calle, mostrándole el automóvil absurdo que le había traído hasta allí.

—¿Ves? Ese es mi cisne. Sube en él...

Carmen le obedeció como en sueños. Franz apretó la puesta en mar-



Y la fiesta comenzó aquella noche radiante, inolvidable...



—¡Pero Franz! ¿Qué haces tú aquí?

cha, que tardó en obedecer, pero que obedeció al fin, imprimiendo al auto una velocidad de movimientos y contracciones que no tenían nada que ver con la marcha.

—¿Qué es de Colette?, ¿qué es de Landosky?, ¿qué es de todos ellos?—preguntaba Carmen, presenciando los esfuerzos de Franz por dominar aquel motor rebelde.

—Ya te iré contando. Todos nacen en la abundancia. Landusky pinta retratos que tienen calidad de jamón; Colette rifó su abrigo entre los pobres del barrio y ahora vende pájaros, que el amigo de Landusky se come de vez en cuando.

—¿Y tú?

—Yo te quiero, y tú vas a quererme a mí.

—¿Tú crees?

—No vas a tener más remedio. Cuando un hombre y una mujer se encuentran en una isla desierta acaban por quererse.

—¿Pero y la isla?—preguntó Carmen, buscándola a su alrededor.

—¿Te parece poca isla este "Ford"? Cuando lleguemos a París habrán pasado tres meses de estar juntos en la carretera. Mira, ya se ha puesto en marcha...

En efecto, el motor arrancaba entre los gritos de triunfo de la chiquillería. Carmen se dejó llevar. Iba lejos, muy lejos, por el camino de la vida. Pero la guiaba un corazón fuerte, un brazo noble... Y se confió a aquel amigo fiel que la Providencia le había deparado para libertarla de sus desilusiones, de sus desesperanzas y de sus dolores...

FIN

Obs. Javier Muñoz y Felipe
10/12

Números publicados de la "NOVELA-CINE"

Núm.	TÍTULO	INTERPRETES
1	La muchacha de Moscú.....	Conchita Montes-Amadeo Nazzari.
2	Es un periodista	Barry K. Barnes-Valerie Hobson.
3	Boda en el infierno.....	Conchita Montenegro-José Nieto.
4	Angel	Marlene Dietrich-Melwyn Douglas.
5	Goyescas	Imperio Argentina-Rafael Rivelles.
6	La aldea maldita.....	Florencia Bécquer-Julio Rey Heras.
7	La encontré en París.....	Claudette Colbert-Melwyn Douglas.
8	El frente de los suspiros.....	Antoñita Colomé-Alfredo Mayo.
9	Tráfico en diamantes.....	Isa Miranda-George Brent.
10	Si yo fuera rey.....	Ronald Colman-Frances Dee.
11	Correo de Indias.....	Conchita Montes-Julio Peña.
12	La octava mujer de Barba Azul.	Claudette Colbert-Gary Cooper.
13	Intriga	Blanca de Silos-Julio Peña.
14	El prisionero de Zenda	Ronald Colman-Madeleine Carroll.
15	Madrid de mis sueños.....	María Mercader-Roberto Rey.
16	Medianoche	Claudette Colbert-Don Ameche.
17	El misterioso Doctor Satán...	Edward Ciannelli-Robert Wilcox.
18	Mando siniestro	Claire Trevor-Jhon Wayne.
19	Almas en el mar.....	Frances Dee-Gary Cooper.
20	Paraíso para dos.....	Patricia Ellis-Jack Hulbert.
Extraordinaria. 55	vidas de cine.....	Carlos Fernández Cuenca.
21	Al servicio del deber.....	Jane Wiat-Chester Morris.
22	Idilio en Mallorca.....	Antoñita Colomé-José Nieto.
23	Un hombre en París.....	Valerie Hobson-Barry B. Barnes.
24	La caravana del Oeste.....	Anita Louise-Chester Morris.
25	Cuatro culpables.....	Ben Lion-Syd Walker.
26	Desfile sobre el hielo.....	Dorothy Levis-James Ellison.
27	Arca de oro.....	James Stewart-Paulette Goddard.
28	Castillo de naipes.....	Blanca de Silos-Raúl Cancio.
29	Serenata nostálgica.....	Cary Grant-Irene Dunne.
30	Delator anónimo.....	Tamara Desni-Edmund Lowe.
31	Recuerdo de una noche.....	Bárbara Stanwyck-Fred Mc. Murray.
32	El caso de la señorita asustada.	Marius Goring-Penélope Dudley.
33	Sentencia anónima.....	Sonnia Hale-Wilfrid Lawson.
34	Boda sosegada.....	Margaret Lockwood y Franck Carr.
35	Se vende un palacio.....	Mary Santamaría-José Nieto.
36	Idolos	Conchita Montenegro-Ismael Merlo.
37	La Boda de Quinita Flores...	Luchy Soto-Rafael Durán.
38	Una familia imposible	María Mercader-Armando Falconi.
39	Café de París	Conchita Montes-José Nieto.

Si no encuentra en la librería o en el puesto de periódicos el número que le interese de esta colección, puede pedirnoslo por correo y le será enviado inmediatamente contra reembolso.

EDICIONES RIALTO

Av. José Antonio, 54 ————— MADRID